

UN ARBITRIO

PARA GOBERNAR Á ESPAÑA.

(Continuacion.) *

CAPÍTULO III.

UN ARBITRIO.

Visto que el afán que enloquece á muchos y deshonra á todos se cifra en llegar por cualesquiera medios á ser *empleados*; pruébese á cortar el daño de raíz *suprimiendo los empleos*. Remedio infalible para acabar la competencia.

Demostrado que el origen de tanto mal está en que todos se creen con *derecho* á ocupar los puestos oficiales y á cobrar sueldos que han de pagar los demas; niéguese ese derecho y proclámese el *deber* de todos de contribuir al servicio público sin remuneracion alguna.

No hay Constitucion, de las muchas que se han proyectado y promulgado en lo que va de siglo, en que no se lea este artículo:

«Todos los españoles están obligados á servir á su patria con las armas cuando sean llamados por la ley.»

Pues póngase en su lugar este otro, cuya legitimidad y conveniencia nadie se atreverá á contradecir:

«Todo español está obligado á servir á la Patria segun sus facultades, conocimientos y aptitudes, sin excepcion alguna, cuando sea llamado por la ley.»

Aunque tengo pensado dedicar más adelante un capítulo especial al exámen de las objeciones que presumo han de ocurrirse á muchos de los que lean mi proyecto, no dejaré por eso de ir resolviendo algunas que salgan buenamente al paso, ya para tener eso adelantado, ya tambien para establecer desde luégo sobre firme base el plan que propongo, sin dejar en duda ningun reparo que naturalmente se origine de la enunciacion del pensamiento.

Principiaré, pues, por tranquilizar á los economistas, que pudieran alarmarse ante la idea de la *prestacion personal*, por muchos de ellos anatematizada. No teman que esta reforma nos lleve ni á la *autocracia* ni al *socialismo*, objetos de sus terrores. Léjos de eso, ninguna más propia para descentrali-

zar y simplificar las funciones del Estado, siquiera sea porque quita todo estímulo á los aspirantes á *sinecuristas*. Con todo eso, si este arbitrio se hubiese dado á luz algunos años ántes, fuera de necesidad y un tanto laboriosa la tarea de prevenir la oposicion que contra él levantarían ciertas escuelas; pero hoy son sus argumentos ménos temibles y la refutacion en extremo fácil, porque no hay que engolfarse en controversias científicas ni en demostraciones teóricas, cuando ya conocemos los resultados obtenidos en la prueba práctica á que últimamente se han sometido sus brillantes sistemas. Ancho campo han tenido los más temerarios reformadores para acreditar sus principios, aquilatados ya en la piedra de toque de la experiencia. Ellos, que tanto declamaron contra la *capitacion*, establecieron la capitacion como tributo perfecto y excelente, bien que á poco tiempo pensaron otra cosa y hubieron de suprimirla: ellos, que tantos tomos han llenado condenando los aborrecidos *consumos*, los abolieron de una plumada, pero fué para restablecerlos poco despues con mayor gravámen de los pueblos: ellos, ardientes apóstoles del *desestanco*, no sólo no llevaron á cabo la reforma anteriormente comenzada, sino que han restablecido el *estanco* con todos sus rigores: ellos, por fin, enemigos acérrimos de la *odiosa* contribucion de sangre, y que por espacio de tantos años han estado gritando *jabajo las quintas!*, cuando ha llegado la ocasion de poder realizar cumplidamente (y de seguro con aplauso popular) su bello ideal y sus galanas promesas, no sólo no han abolido las quintas, sino que han arrancado á todos los mozos útiles de sus hogares para forzarlos á tomar las armas y componer los ejércitos. Dije mal *todos*, porque de ese tributo de sangre se han librado los que han tenido 10.000 reales y los han dado para redimirse, cuyo privilegio injustificable ha echado tambien por tierra los principios de igualdad y justicia más altamente proclamados por los mismos economistas.

De estos hechos notorios se servirá cada uno de los partidos políticos como de afiladas armas para combatir á sus contrarios y convencerlos de nulidad é inconsecuencia: mas aquí no se trata de principios ni de bandos políticos, por ser asunto absolutamente extraño á mi propósito, y porque en verdad, aunque quisiera, no sabría determinar cuál de esos partidos saldría mejor librado si se ponen en tela de juicio y se someten á imparcial discusion.

* Véanse los números 84 y 85, páginas 521 y 561.

los errores, culpas y contradicciones de todos ellos. Lo que va dicho, y lo que más adelante se dirá, lleva únicamente por objeto demostrar que ni con palabras ni con bien imaginadas disertaciones se mejoran los fundamentos de la economía social, y por fin, convencer á todos los que lean estos renglones de que no los ha escrito alguno de esos innovadores ó utopistas que pretenden fundir á la humanidad en un nuevo molde adecuado á su fantástico intento, sino quien lisa y llanamente quiere aprovechar lo que existe, consentido de muy antiguo por la opinion de todo el mundo, establecido por la costumbre, reconocido por las leyes y sancionado por la práctica de los más encarnizados enemigos de la contribucion de sangre ó de la prestacion personal.

Hasta tal punto es esto verdad, que en los momentos supremos de delirio revolucionario, en los efímeros conatos de república federal, cuando se quería destruir la patria, borrar su nombre y subvertir todo lo existente, vimos en el proyecto de Constitucion de aquellos energúmenos subsistir como en los anteriores la obligacion de todos los españoles de servir al Estado cuando fueren llamados por la ley.

Nada, pues, tiene de nuevo ni de peregrino el pensamiento de llamar á los españoles á cumplir un deber por nãdã puesto en duda. Sólo se trata de aplicar ese gran principio, de acuerdo con la sana razon, el patriotismo y la justicia, y sacar de su fecunda virtud todo el provecho que la moral, el bien público y nuestra dignidad reclaman.

Muchas razones de conveniencia, de utilidad, de economía, abonan este proyecto, segun se irá demostrando; pero sobre todas están sus condiciones de profunda moralidad y de elevadísima justicia. Dado el principio de que todos debemos concurrir al servicio de la Patria ó del Estado, que constituye su entidad política, es injustificable y hasta absurdo, si se mira bien, limitar el cumplimiento de ese deber, exigiéndolo solamente á los soldados de mar y tierra. La Patria no necesita sólo soldados y marineros: necesita tambien hombres de ciencia y de arte, de pluma y de toga, físicos, matemáticos, contadores, factores, escribientes, artesanos y menestrales, sujetos especialmente idóneos por los conocimientos propios de su profesion, arte ú oficio para el desempeño de las diferentes funciones que requiere el servicio en los varios ramos de la administracion pública, todos igualmente necesarios para la conservacion del órden social y demas altos fines del gobierno.

Así como sería extremadamente injusto que un millonario contribuyese á los gastos del Estado con la misma cuota que un pobre jornalero; así tambien, el hombre distinguido por su saber y facultades,

no paga lo que debe á su patria tributando el mismo servicio que un simple bracero, ó poniendo en su lugar un hombre rudo é ignorante que lo desempeñe. Consentir eso es autorizar una injusticia, tanto mayor, cuanto que el hombre docto debe su instruccion y su categoría social á ese mismo Estado, á quien defrauda de su derecho si no le sirve con parte de su caudal de inteligencia en la misma proporcion que el rico con su dinero y el proletario con sus brazos.

Reconózcase, pues, que todos los servicios del Estado son uno mismo en esencia, y establézcase la recluta para todos ellos en las diferentes profesiones y gremios, con arreglo á los conocimientos y aptitudes de sus individuos, clasificados previamente, y sometidos á sorteo en la misma forma y en las mismas épocas que para el reemplazo del ejército. Así como hoy piden el ministro de la Guerra tantos soldados y el de Marina tantos marineros para llenar las plazas de sus institutos, así cada uno de los demas ministros pedirá los abogados, médicos, cirujanos, físicos, químicos, matemáticos, dibujantes, literatos, peritos en cuenta y razon, escribientes, impresores, telegrafistas y demas profesores y hombres aptos por su instruccion para desempeñar los puestos de las diferentes dependencias que forman el personal de sus ministerios. Más todavã: esos mismos ministros de Guerra y de Marina no pedirán sólo hombres para llenar sus cuadros de gente armada, que designarán tambien los médicos y practicantes necesarios para sus hospitales, contadores y factores para su administracion, veterinarios y picadores para sus cuerpos montados, carpinteros, herreros y albañiles para sus fortificaciones y fábricas, armeros y fundidores para sus maestranzas y arsenales, escribientes y dibujantes para sus oficinas, etc., etc.

Ese numeroso personal de todos ramos, reclutado en la misma forma en que hoy se hace para el Ejército, pertenecerá con él á la denominacion comun de SERVICIO DEL ESTADO, y como él se someterá á la disciplina y ordenanza, modificadas, no en su esencia, sino en su aplicacion á cada servicio, por especiales reglamentos, pero conservando siempre sin menoscabo los principios de jerarquía, subordinacion y responsabilidad, exigiendo el uso de uniforme con sus precisos distintivos de las clases, que serán las mismas con las mismas denominaciones del Ejército, á cuya organizacion ha de asimilarse en un todo la de los demas ramos del servicio público. Habrá, pues, soldados de todas las profesiones y oficios que existen en la sociedad civil y cuyos especiales conocimientos sean aplicables á ese servicio; de esos soldados se harán cabos y sargentos, los que, á su turno y probada su suficiencia, ascenderán á oficiales, guardando estas catego-

rias la misma proporcion que existe en los cuerpos del Ejército.

Este, como va dicho, ha de servir de modelo, y por lo tanto quedarán tales como existen las bases de su organizacion y el modo de formarlos. Mas no es por esa razon por la que se dejan subsistentes como carreras del Estado las llamadas militares; hay una, suprema é incontestable, para ese aparente privilegio, y es que el arte de matar hombres ó dejarlos fuera de combate, y el de construir y expugnar fortalezas, no tienen aplicacion posible en la vida civil, pues que sólo sirven para hacer la guerra, y la guerra sólo puede y debe hacerla el Estado, y al Estado toca exclusivamente sostener á los que se dedican á esa profesion tan tremenda como necesaria.

Y no por que parezca conveniente dejar como está la provision de los empleos superiores del Ejército y Armada y asimismo la recluta de las clases inferiores, tomándola por modelo para los demas servicios del Estado; no por eso se crea que todo está bien en lo que se llama servicio militar de mar y tierra, y que no deben hacerse en muchos de sus ramos grandes y profundas reformas, para acomodarlo á las principios de justicia, de conveniencia y de economía que nos van sirviendo de norte en esta árdua empresa. A primera vista se alcanza lo que ganará el *Servicio general del Estado* en regularidad y perfeccion cuando cada individuo se aplique á aquello para que tiene especial aptitud, lo que le facilita prestar servicio desde el primer dia exactamente con poco ó ningun aprendizaje. Calcúlese, sin más que fijarse en esto, qué diferencias no se han de conseguir en el efecto útil de todos los empleados altos y bajos, comparado con el que puede esperarse de los que hoy se nombran mediante el criterio que se estila. Mas para que en este punto pueda servir de modelo el Ejército, es de necesidad absoluta que en su propio modo de ser actual, y sin tocar á los principios cardinales de su organismo, se hagan considerables enmiendas y se corrijan muchas prácticas viciosas y hasta abusivas que han ido falseando esos mismos principios, y que arguyen por lo ménos omision culpable en quienes debieran cuidar con discreto celo de aplicarlos en toda pureza para obtener las mayores ventajas en beneficio del Estado.

Al volver Napoleon de la isla de Elba y comenzar su azaroso imperio de los cien dias, apeló para formar con rapidez sus ejércitos á expedientes tan eficaces como este. En Francia había entónces 50.000 casas de posta: á cada una pidió un hombre montado, y en poco más de una semana reunió en los puntos designados para su organizacion en escuadrones, 50.000 caballos con 50.000 jinetes, cuya educacion militar y completa aptitud para entrar en

campana podia ser obra de veinte ó treinta dias, cuando los reclutas ordinarios de esa arma no suelen estar listos en seis meses.

¿Quién duda que la eleccion de las personas es el todo para llevar á cabo cualquier trabajo ó empresa? Tenemos, empero, que confesar que la manera en que hoy se clasifican y eligen los quintos para destinarlos á las diferentes armas é institutos del Ejército, dista mucho de la prolijidad y esmero con que debiera buscarse la perfeccion en asunto tan trascendental. Algo hay preceptuado acerca de esto, insuficiente sin duda, y que reclama inexcusable reforma; pero aún eso mismo no suele observarse, porque la eleccion de quintos en las cajas por los oficiales subalternos que van á encargarse de ellos no se hace con vista de sus filiaciones y conocimiento de la instruccion y aptitud de los mozos, sino á ojo y de atropellada manera; de lo que se siguen grandes inconvenientes para el buen servicio, como lo demuestran los siguientes datos estadísticos tomados del Anuario de 1867 (1).

Segun él, al fin del año 1864 las clases de tropa del arma de Infantería, incluidas las reservas, componian una fuerza de 126.434 hombres, de los cuales 49.981 sabian leer y escribir, 12.669 sólo leer y 63.784 ni uno ni otro.

Entre los mismos, había 3.134 albañiles, 221 armeros, 284 carreteros, 3.516 carpinteros, 250 cerrajeros, 785 comerciantes, 1.789 escribientes, 3.153 estudiantes, 1.724 herreros, 155 mercaderes, 1.086 picapedreros y 260 impresores, que pudieran servir para algo más, y no ménos interesante, que llevar el fusil, aún considerado sólo el servicio militar.

De los 4.717 hombres, que constituian la fuerza de ingenieros en el mismo año, los 2.819 sabian leer y escribir, 485 sabian sólo leer y los restantes 1.413 carecian de toda instruccion. De ellos había 491 albañiles, 428 carpinteros, 197 herreros y 50 picapedreros, todos útiles para su especial servicio. Había además 447 jornaleros y 1.474 labradores, que podian ser de algun provecho en el oficio de zapadores; pero ¿de qué podrian servir, sin largo y dudoso aprendizaje, en los especiales trabajos de esa arma 168 músicos y 1.462 de otros oficios que no se mencionan, mientras que sobran á millares los albañiles, carpinteros y picapedreros en los batallones de infantería?

Los artilleros no llevaron tan adelante su curiosidad, ni nos dicen cuál era el oficio anterior de sus soldados, como si esto fuese cosa de poco momento en un arma especial. Sólo vemos en los estados, que de sus 11.657 individuos de tropa, los 5.541

(1) En el último Anuario publicado en 1870, que tiene 233 páginas más que el anterior, se han suprimido los datos que aquí necesitamos. No acierto á comprender los motivos de esta supresion.

sabían leer y escribir, 478 sólo leer y 5.638 ni leer ni escribir.

La direccion de caballería simplificó todavía más su estadística. Ni siquiera se metió en averiguar si sus soldados sabían ó no leer ó escribir.

De tamaña incuria resultan quebrantos grandes, porque no sólo se hace el servicio ménos puntual y exacto, sino también más costoso. A esa falta de cuidado en aprovechar los elementos que ofrece el personal del ejército, se sigue la necesidad de pagar millares de jornales á otros tantos carpinteros, albañiles, herreros, canteros, armeros, maquinistas y otros en las obras de fortificación, maestranzas, arsenales y fundiciones, mientras se hallan olvidados de todos y olvidando su oficio tantos millares de hombres pertenecientes al mismo ejército (1).

A esa misma falta de atención se debe la singular anomalía que ofrecen las oficinas de Guerra en el sinnúmero de escribientes que las pueblan, unos de la clase de paisanos y otros de las de tropa; pero todos con sueldos ó gratificaciones, como si fuese el suyo algún trabajo de alquimia que no pueda compararse en su tanto con el oficio del soldado, ó como si no fuese una ventaja, sobrada recompensa de su saber, el estar á la sombra y tener en la mano la pluma en vez del fusil. Ese criterio parece oriundo allá de los tiempos del marqués de Villena, en que cada copiante era un prodigio y había que recompensar con oro y distinciones su rara y recóndita ciencia.

De ese mismo abandono proceden los onerosos dispendios (con todas sus consecuencias) que ocasiona hoy la Administración militar en la lujosa forma en que se halla establecida, mientras que sólo en los cuerpos de infantería y con el fusil al hombro hemos visto que había 940 entre comerciantes y mercaderes, que sin salir de su categoría de soldados, ni costar más, guardarían y ordenarían perfectamente los almacenes y llevarían las cuentas de la administración.

Otro ramo de lujo no ménos necesitado de reforma es la Sanidad militar. En él han ocurrido con motivo de las últimas quintas casos muy notables y dignos de la más profunda observación, y que, sin

(1) No quiero dejar de referir un caso ocurrido en la Habana en 1862. Tratando yo de plantear en la Isla una fundición de minerales, lo que más dificultad me ofrecía era hallar fundidores, por ser allí esa industria, no sólo nueva, sino totalmente desconocida. En tal apuro, y después de muchas investigaciones, hallé dos soldados naturales de Adra que habían trabajado en las fundiciones de Heredia y que servían en un regimiento de infantería. Pedí su rebaja, lo que entonces era permitido, y tuve los hombres que necesitaba.

Por aquel tiempo se trató de establecer en la maestranza de artillería de la Habana un cubilote para fundir proyectiles, y sin más averiguación se trajeron á buen precio fundidores de Barcelona. Hoy se pone en esto más cuidado, y se destinan á las maestranzas los quintos que tienen oficio; pero todavía falta mucho para llegar á la perfecta clasificación que propongo.

embargo, han pasado sin exámen y sin que nadie haga alto en su gravedad. Los mozos comprendidos en esos llamamientos ó sorteos, que tenían el título de médicos, han solicitado y obtenido el pase á Sanidad militar; pero no en clase de soldados, como la razón y la equidad lo estaban indicando, sino con la categoría de oficiales. Y tal es la preocupación, y tan consentido está por todos el vicioso criterio existente, que á nadie se le ha ocurrido reparar en la enorme desigualdad y notoria injusticia que con ese proceder se sanciona. Para el pobre artesano y jornalero la Patria hace aquí el papel de dura madrastra, que le dice:—Abandona tu hogar, tus padres, tu esposa y tus hijos, aunque hayan de morir de hambre; abandona y olvida también tu oficio y tus costumbres; sacríficame tu salud y tu vida; y cuando yo ya no te necesite, si quedas vivo y útil, podrás volver á cuidar de ti y de los tuyos.—En cambio, la misma Patria, á fuer de madre cariñosa, y el Estado como protector benévolo, dicen al que posee el título académico:—Yo te he facilitado los medios de adquirir esa instrucción que te distingue, estableciendo cátedras é institutos, que todos, pobres y ricos, sábios é ignorantes, costean. Pero este favor, en vez de obligarte á tí, me obliga á mí á nuevos favores; y por lo tanto, esa suerte de soldado que para el pobre menestral es una pesada carga, cuando no completa ruina, á tí te abre una carrera honrosa y lucrativa.—Y lo peor del caso (no me cansaré de repetirlo) es que ni á uno solo de esos declamadores que tan ruidosamente abogan en favor de los *desheredados*, se le ha ocurrido alzar la voz en son de protesta contra tan patente iniquidad. Algo muy parecido, y quizá más irritante, acaba de resolver el Gobierno respecto de los telegrafistas, á quienes toque la suerte de soldados.

Consideraciones análogas pueden hacerse respecto del cuerpo jurídico-militar, si bien no tan numeroso, y en el que, hoy por hoy, sólo caben pequeñas rebajas. Mas al paso que van las pretensiones de los aspirantes á empleos y la marcialidad y desembarazo con que se hacen lugar en la opinión común, lleva camino este cuerpo de competir con los demás pegadizos del orden militar en su lujosa profusión. En prueba de ello, ahí van dos citas bastante significativas.

En Octubre de 1874 publicaron los periódicos esta noticia:

«Se han remitido al presidente del Consejo Supremo de la Guerra y director general de Administración militar, para que informen, las instancias de varios mozos de la actual reserva, licenciados en derecho, que solicitan destinos en los cuerpos jurídico y administrativo militar.»

Y últimamente, en Marzo de este año de 1875, hemos visto escrito con la mayor llaneza:

«Los opositores á ingreso en el cuerpo juridico-militar han elevado á S. M. una respetuosa instancia solicitando se conceda ingreso en el mencionado cuerpo á cuantos opositores reputen dignos el tribunal de censura, fijándose en el hecho de que, existiendo vacantes sólo ocho plazas de auxiliares, se han presentado, sin embargo, 93 aspirantes, de los cuales han sido ya aprobados 74 en el primer ejercicio. Claro es desalienta á los más tan considerable cifra por la dificultad material de obtener un puesto en cuerpo tan distinguido, y estimándolo así los encargados de cursar esa instancia, parece han emitido favorable informe.»

Es decir que el Consejo Supremo de la Guerra, con aplauso de todos, ha tenido lástima de que se lleven chasco tantos pretendientes, y propone, como la cosa más natural y justa, que, en vez de ocho que se necesitan, se dé colocación á 74.

¿No es cosa de espantar la largueza con que todo el mundo dispone del Tesoro nacional, fomentando más y más el horrible vicio de la empleomanía?

Con ser tan copioso el personal que han de exigir para cumplirse por el nuevo sistema, no sólo estos servicios dependientes de Guerra y Marina, sino además todos los del orden civil, organizados en idéntica forma, no se tema que falte para completar los cuadros de todas las dependencias. Para convencerse de esto á primera vista, no hay más que recordar los 785 comerciantes, 1.789 escribientes, 3.153 estudiantes y 155 mercaderes afiliados en la sola arma de infantería, y fijar la atención en otro dato de la misma estadística: en el citado año redimieron su suerte 5.867 y presentaron sustituto 2.778; es seguro que esos 8.645 mozos eran en su totalidad aptos por su instrucción más ó menos profesional para desempeñar los diferentes cargos de la administración en todos sus ramos. Este número sumado con los anteriores da 14.527 mozos propios para el reemplazo, á los que habrá que agregar los pertenecientes á las armas de artillería y caballería que no hemos podido averiguar.

Basten por ahora estas indicaciones: al desenvolver el plan se verá el modo de proveer el personal idóneo y suficiente para todos ellos, y se demostrará con números la economía (sólo de sueldos se entiende) que ha de resultar de su nueva forma.

Por último, para que el Ejército pueda servir de modelo en esta obra grande y patriótica, es también forzoso y de toda necesidad que resplandezca la moral en su respetable conjunto, sin la menor sombra que empañe su brillo. Hallándose en Madrid D. Amadeo de Saboya con el título de rey de España, se comunicó por el ministerio de la Guerra una Real orden que declara inviolables y libres de toda investigación y procedimiento á los jefes y oficiales del Ejército «*que habiendo sido despedidos del servicio por delitos comunes, volvieron al mismo obteniendo mayores empleos y antigüedad*» en premio

de méritos de esos que se llaman *políticos*. Esa Real orden, que no sólo imprimió una mancha sobre el Ejército, sino que es capaz de deshonorar á una generación entera, produjo al publicarse el escándalo consiguiente, y fué objeto de las más duras diatribas y de los más severos comentarios. Se promovió una cruzada para revisar las hojas de servicios, y se proyectaron otros medios de vindicar el decoro del Ejército y los fueros de la moral, tan cruelmente ultrajados por tamaña monstruosidad.

Pero después de tanto ruido, causado en gran parte por los *hombres políticos* enemigos de aquel gobierno, que aprovechaban tan buena ocasión para hacerle la guerra, ¿qué ha sucedido en suma?—Que los más (no todos) agraviados por aquella inaudita resolución siguieron en sus puestos, confundidos con los *rehabilitados*; de tal modo, que es preciso conocer la historia de cada uno para saber si ese que vemos vestido de coronel ó de capitán es uno de los jefes ú oficiales dignísimos que han ganado sus empleos en el campo del honor, ó alguno de los que, por virtud y gracia de aquella Real orden, han trocado por esas insignias el grillete del presidiario. Que no se ha vuelto á hablar de revisión de hojas de servicios para purgar al Ejército de esa inmundicia, tributando así culto al cómodo y fecundo principio que sirve como de credo á los hombres políticos: «*Olvido de lo pasado, respeto á los hechos consumados.*»

A Dios gracias, son muchos los jefes y oficiales del Ejército que no profesan esa moral acomodaticia, ni se resignan á olvidar lo que es inolvidable. De estos hombres dignos acudieron en gran número manifestando pública y resueltamente su deseo de que se examinaran las hojas de servicios, y las suyas las primeras, para que se sepa quién es cada cual y los motivos de su elevación. El imperio de tristes circunstancias tiene acallados esos clamores, pero no muertos tan generosos impulsos. Contemos con ellos, como poderoso elemento, para el día en que sea posible realizar ese magnífico desagravio, sin el cual no puede haber ni ejército ni gobierno.

Purgado que sea el Ejército de elementos bastardos, restablecido su decoro, y deslindados también los caracteres de las clases que lo componen hoy; para dejar sólo en sus especiales condiciones el personal que rigurosamente pertenece á la profesión militar; fácil será arreglar los demás servicios á ese modelo, asimilándolos todos y hermanándolos con el admirable vínculo de la *ordenanza*.

Como quiera que este escrito tiene sólo por objeto dar á conocer la idea, el pensamiento en su esencia y conjunto, para ver si los hombres de buena voluntad y de verdadero patriotismo lo hallan aceptable; no es de necesidad ni sería oportuno

tuno entrar en todos los pormenores de la ejecución, ni llenar largas páginas con el enfadoso articulado de ordenanzas y reglamentos. Eso quedará para su día, en cuyo caso se dará á luz lo que hay ya pensado y hecho, y se reclamará también el concurso de personas especialmente entendidas y experimentadas en trabajos de esa clase, luégo que se convenza de la bondad y conveniencia del plan que ahora sencillamente se propone.

Por el momento lo que importa es establecer como regla fundamental que en el *Servicio del Estado* se ha de pasar irremisiblemente por la plaza de soldado, ya sea por designación de la suerte y llamamiento de la Autoridad, ya sentándola como voluntario en la clase correspondiente á las facultades de cada individuo; que una vez obtenida la categoría de oficial, se ha de ascender á las superiores por antigüedad rigurosa é indispensable, sin que en ningun caso ni con motivo de servicios y méritos extraordinarios se infrinja este precepto absoluto. Esos méritos se premiarán con una cruz pensionada, que sólo se obtendrá por juicio contradictorio con sujeción á un severo reglamento; aparte de que puedan concederse otras cruces y distintivos.

Fuera del caso de muerte, sólo habrá estos modos de dejar el *Servicio*:

1.º La licencia absoluta, obtenida á voluntad del interesado, despues de haber cumplido los seis años de empeño.

2.º El retiro (con su pension de monte-pío correspondiente) cuando haya cumplido la edad de sesenta años y el tiempo de servicio que determine la ley.

3.º El retiro (con derecho á la misma pension) á cualquiera edad en que se inutilize á causa del servicio.

4.º Sentencia de tribunal competente.

A la edad de veintiun años serán llamados todos los mozos al servicio. La experiencia tiene bien acreditado que á los veinte años los más de los reclutas no han adquirido la robustez suficiente para los ejercicios militares: y no se hable de los últimos llamamientos á los de diez y nueve y diez y ocho años, porque de seguir así, á más de llenar el Ejército de soldados inútiles, acabaríamos pronto con nuestra raza de hombres. Si esto se entiende para el servicio militar, con tanto ó mayor motivo es aplicable á los demas oficios, que todos son de hombres, y no de adolescentes. En consideracion á eso, habria fijado la edad de veintidos años; que, con seis de servicio, dejan al mozo cumplido á los veintiocho, edad muy propia para contraer matrimonio y entrar en la categoría de ciudadano padre de familia: contemporizando empero con los que encarecen la conveniencia de anticipar esa época, la fijo en veintiun años.

Declarados que sean soldados los que la suerte designe, aquellos que estén siguiendo carrera literaria ó científica podrían obtener próroga, que no pasará de dos años, para terminarla, y entrar entónces á cumplir su empeño en la clase correspondiente. De mucho provecho para el Estado y para los mozos será esta facilidad que se les ofrece, equitativa á par que conveniente: para el Estado, por la mayor suficiencia de los que entren á servir con sus estudios completos; para ellos, porque se les evita el perjuicio de truncar su carrera, y, despues de concluida, les servirá de práctica beneficiosa el desempeño de cargos análogos á que han de dedicarse en las oficinas del Estado, práctica que aprovecharán más adelante, ya para ejercer su facultad libremente despues de cumplidos, ya para seguir ascendiendo en la escala oficial, si tal fuere su propósito.

Ya se ha dicho que al ser llamados por la ley y designados por la suerte, han de ser soldados. De ellos se han de elegir de arriba abajo, es decir, comenzando por los de facultades más distinguidas, para los diferentes ramos del servicio del Estado, lo que ha de servir á la juventud de poderoso estímulo para que se aplique cada cual á adquirir el mayor grado de instruccion posible, con el fin de lograr los mejores puestos en esta distribucion.

Con esto que va dicho basta por ahora para que se comprenda todo el alcance del pensamiento.

De ahí se deduce, en primer lugar, que el cuadro de exenciones que hoy rige tiene que modificarse notablemente. Las de orden moral, todas han de subsistir: el hijo de viuda y el de padre sexagenario, si son pobres, deben ser libres; nada más justo. Pero en cuanto á exenciones físicas, habiéndolo de desempeñar los mozos servicios distintos, que no sólo el de las armas, claro es que ni la falta de talla ni otras que hasta aquí han sido condiciones de inutilidad habrian de serlo para otras incumbencias, porque entre ellas hay muchas de carácter sedentario, que no requieren la robustez, perfeccion corporal y aptitud física indispensables para el manejo de las armas y demas fatigas que le son anexas.

Sorteados que sean, reunidos y clasificados los mozos; se procederá á su destinacion, agrupándolos á semejanza de la infanteria ó de la guardia civil, según que hayan de prestar servicio en grandes ó pequeños destacamentos; cuya diferencia se estimará también para calcular el costo de su manutencion. Teniendo presentes los mismos tipos, se graduará el personal de jefes y oficiales que á su totalidad corresponden; á cuyo fin supondremos que el número de los que sirvan en dependencias ó puestos diseminados, y el de los que formen grupos mayores en oficinas generales ó centrales, talleres

y demas establecimientos de numeroso personal, se hallen en la misma proporcion que la guardia civil con la infanteria. De poca monta será el error, si lo hay, en esta suposicion.

Hasta hace pocos años, un coronel de infanteria, con su teniente coronel y sargento mayor, mandaban un regimiento, formado de tres batallones de á mil hombres, cada uno de los cuales tenia por jefe especial un comandante. Hoy cada regimiento se compone de solos dos batallones de á seiscientas plazas, y está mandado por un coronel, dos tenientes coroneles y cuatro (1) comandantes. Confieso mi incompetencia para juzgar con acierto en tan delicada materia, y, por más que recuerde haber leído el autorizado parecer del mariscal Marmont (2), quien dice que el batallon no debe tener ménos de mil hombres, y que los regimientos compuestos de muchos batallones son más baratos y mejores: quiero pensar que al hacer tan notable alteracion y decretar tan sensible aumento de gastos, se ha llevado la sola y elevada mira de mejorar el servicio, y que no ha entrado por nada el deseo de multiplicar el número de jefes que disfruten buena paga. Dando eso por supuesto, atengamos nuestros cálculos á la actual organizacion de los cuerpos de infanteria. En ellos hay:

Por cada 1.385 hombres	1 coronel.
— 692	— 1 teniente coronel.
— 345	— 1 comandante.
— 102	— 1 capitan.
— 52	— 1 teniente.
— 99	— 1 alférez.
— 110	— 1 sargento primero.
— 37	— 1 sargento segundo.
— 24	— 1 cabo primero.
— 23	— 1 cabo segundo.

Para buscar la proporcion entre la infanteria y la guardia civil, no pueden servirnos las respectivas fuerzas que tienen hoy ambos institutos, porque (dado caso que fuese fácil averiguarlo) el número de soldados que componen el Ejército actualmente es extraordinario por las necesidades de la guerra, y debemos buscar los datos para nuestro cálculo en presupuestos de años anteriores, á cuyo fin nos servirá el ya citado de 1864, cuya estadística conocemos.

En dicho año la fuerza activa de infanteria y la de guardia civil estuvieron en la proporcion de 56.942 á 13.072, incluyendo en estos números jefes, oficiales y clases de tropa.

(1) Hoy son seis los comandantes, por haberse agregado uno á cada batallon con el título de fiscal. Pero esto es transitorio y motivado, no por necesidad, sino por el deseo de dar colocacion al gran número de jefes sobrantes que han producido tantos pronunciamientos y revoluciones.

(2) *Espiritu de las instituciones militares.*

En cada 1.000 hombres habia:

(A)

	En infanteria.	En guardia civil.	Término proporcional.
Coroneles.....	0,72	0,92	0,76
Tenientes coroneles.	1,44	1,07	1,37
Comandantes.....	2,91	4,89	3,28
Capitanes.....	9,88	8,49	9,62
Tenientes.....	19,05	22,72	19,88
Alféreces.....	10,02	9,56	10,01
Sargentos primeros.	9,10	9,45	9,20
Id. segundos.....	26,47	30,34	27,44
Cabos primeros.....	46,56	58,75	49,00
Id. segundos.....	44,40	58,66	47,26
Soldados.....	829,45	795,15	822,18
	1.000,00	1.000,00	1.000,00

Veamos ahora lo que cuesta ese personal:

(B)

Un coronel (inclusa gratificacion).....	33.600 rs. al año.
Un teniente coronel.....	21.600
Un comandante.....	19.200
Un capitan.....	12.000
Un teniente.....	7.800
Un alférez.....	6.600

Costo anual de las clases de tropa por concepto de haberes, prendas mayores, entretenimiento, hospitalidades, provisiones, utensilios, primeras puestas, pluses, baños, etc., etc.:

(C)

	Infanteria. Rs. vn.	Guardia civil. Rs. vn.	Término proporcional. Rs. vn.
Sargento primero...	2.786,24	4.203,12	3.125,81
Id. segundo.....	2.246,24	4.023,12	2.620,71
Cabo primero.....	1.610,24	3.855,12	2.075,94
Id. segundo.....	1.490,24	3.687,12	2.010,16
Soldado.....	1.346,24	3.339,12	1.704,52

De modo que los 1.000 hombres cuestan:

(D)

CLASES.	Número.	A razon de Rs. vn.	Costo. Rs. vn.
Coronel.....	0,76	33.600 »	25.536 »
Tenientes coroneles.....	1,37	21.600 »	29.592 »
Comandantes....	3,28	19.200 »	62.976 »
Capitanes.....	9,62	12.000 »	115.440 »
Tenientes.....	19,88	7.800 »	155.064 »
Alféreces.....	10,01	6.600 »	66.066 »
Sargentos primeros.....	9,20	3.125,81	28.757,45
Id. segundos....	27,44	2.620,71	71.912,28
Cabos primeros .	49,00	2.075,94	101.721,06
Id. segundos....	47,26	2.010,16	95.000,16
Soldados.....	822,18	1.704,52	4.401.422,25
Total.....	1.000,00		2.153.487,20

Y cada individuo por término comun 2.153,49

Tiempo es ya de aplicar estos datos á la reforma del personal de cada Ministerio; pero ántes convendrá hacer algunas advertencias que considero necesarias, tanto para que sean más fáciles de comprender los pormenores de cada uno de los cuadros que van á continuacion, como para justificar sus partidas.

De este régimen quedarán excluidos:

1.º Los ministros y subsecretarios, que serán elegidos como ántes, ya entre los individuos de cualquiera de las categorías del *Servicio del Estado*, ya de fuera de él, segun la voluntad del monarca en el libre ejercicio de su prerogativa. Mas sin que por eso adquieran derechos pasivos ni á pension ulterior de ninguna especie, sino que, al cesar en su cargo, volverán los primeros á ocupar su puesto con la antigüedad correspondiente, y los segundos á su calidad de simples particulares, sin más consecuencias, salvo la consideracion puramente honorífica del puesto que ocuparon.

2.º Los embajadores y ministros plenipotenciarios en la misma forma y con las mismas condiciones. No así los secretarios y demas subalternos de las embajadas y legaciones, como tambien los individuos del cuerpo consular, que ocuparán sus puestos con arreglo á sus servicios y antigüedad en el escalafon y optarán á ellos previo exámen de sus conocimientos en lenguas, derecho internacional, geografia, estadística comercial y demas necesarios para el buen desempeño de sus funciones.

3.º El personal del clero.

4.º Los consejeros de Estado, magistrados y fiscales de tribunales superiores y audiencias, auditores y jueces de primera instancia, ocuparán tambien puestos fuera del escalafon, ó, mejor dicho, dentro del suyo especial: mas para optar á esas plazas en adelante ha de ser requisito indispensable haber seguido por todos sus trámites la carrera del servicio público, ya en virtud de llamamiento legal, ya por inscripcion voluntaria en la clase de soldado.

Los que hayan entrado á servir con título de abogado, á quienes corresponde desempeñar los cargos de promotores y otros análogos en el ramo de administracion de justicia, luégo que asciendan á la categoría de capitanes, podrán entrar en concurso para ocupar las plazas de jueces de primera instancia, mediante exámen comparativo de sus méritos y de sus hojas de servicios. Desde jueces de entrada hasta fiscales, magistrados de Audiencia y auditores de guerra y marina ascenderán por antigüedad, alternando con los que sucesivamente obtengan las categorías análogas de comandantes y tenientes coroneles en el escalafon general. Llegados estos á coroneles y aquellos á magistrados, los jurisperitos optarán á los elevados cargos del Tribunal Supremo de Justicia, y á par con los oficiales

generales del Ejército y Armada á los tribunales superiores de esos ramos, y, alternando con los jefes de administracion económica, constituirán el Tribunal de Cuentas. Y todos los que hayan llegado á la misma gerarquía en cualquiera de las dependencias de orden civil ó militar, tendrán derecho exclusivo á obtener las plazas de consejeros de Estado.

5.º Los catedráticos y maestros de todos los establecimientos de enseñanza pública. Estas plazas se proveerán en lo sucesivo por rigurosa oposicion entre los que sirvan ó hayan servido al Estado con títulos de ingenieros, abogados, médicos, profesores de ciencias exactas, físicas ó naturales, y todos los respectivos grados de instruccion que reclama la enseñanza en sus diversas categorías.

6.º Los oficiales de administracion y médicos de la Armada, miéntras se hallen embarcados: que entónces disfrutarán sueldo como remuneracion extraordinaria por lo extraordinario del servicio que prestan.

7.º Las intérpretes del ministerio de Estado y de puertos. Estos funcionarios, por la especialidad de sus conocimientos no son de fácil reemplazo: por la misma razon no están expuestos á la competencia de los favoritos. Serán, pues, elegidos indistintamente dentro ó fuera del cuerpo general del servicio, siendo siempre preferidos los que pertenezcan ó hayan pertenecido á él en igualdad de circunstancias.

8.º Los individuos del cuerpo de archiveros, encargados del orden y conservacion de las bibliotecas, archivos y museos nacionales. Los conocimientos especiales de arqueología, numismática, bibliografía y paleografía que exige esta facultad no tienen aplicacion útil en la vida social, y por lo tanto debe conservarse un escalafon aparte para estos profesores; mas sin olvidar el propósito de contener la institucion dentro de los límites de la necesidad y de evitar el abuso y el lujo de personal. Con este fin, los que aspiren á esas plazas habrán de pasar por los trámites del servicio ordinario y de prestarlo en calidad de auxiliares y aspirantes con las categorías reglamentarias ántes de obtener los empleos especiales de la carrera.

9.º Los taquigrafos de las Córtes, por razones análogas.

10. Los empleados facultativos de la fábrica nacional del sello, de las de moneda y las de tabacos. No sería útil ni prudente sujetar estos destinos á la movilidad periódica del reemplazo, á mas de que los conocimientos especiales que requieren no todos son de provechosa y lícita aplicacion en la vida civil. Subsistirán, pues, como están, y para cubrir las sucesivas vacantes se elegirán por oposicion los individuos más idóneos del cuerpo general del Estado.

11. Quedarán como hasta aquí, sin que les al-

cance la reforma, los cargos y oficios de maestras de instrucción primaria, directoras y celadoras de hospitales y casas de corrección, matronas de aduanas, maestras de fábricas y demás desempeñados por mujeres.

12. Asimismo se exceptúan naturalmente todos los cargos honoríficos y gratuitos.

13. Respecto de los que exigen fianza por el manejo de caudales públicos, ya está resuelto prácticamente el caso en la cobranza de contribuciones encomendada á los Bancos, mediante un tanto por ciento. Ese debe ser el modo de pagar estos servicios.

Los presupuestos que se han tenido á la vista para formar estos cuadros son los del año económico de 1872-73. Ya estaban hechos cuando se publicaron los del Sr. Camacho para 1874-75, y en vista de que no hay diferencias esenciales entre aquellos y éstos, que pudieran influir en los resultados que aquí se buscan, ni invalidar ninguna de las demostraciones á que conduce este estudio, por cantidades de más ó de menos, que tienen importancia muy secundaria para el caso, no merecía la pena de repetir tan engorrosos cálculos. Si alguien quiere tomarse ese trabajo, examinando con el mismo criterio los últimos presupuestos, hallará resultados muy semejantes, y aplicables á ellos todas las observaciones contenidas en este escrito, sin que pierdan nada de su fuerza y oportunidad. Y esto es claro: como que aquí no se trata de castigar tal ó cual presupuesto, sino de discutir y reformar el sistema en que se fundan todos, cualquiera de ellos puede servir indistintamente para esa anatomía.

Del personal del ministerio de la Guerra se ha reformado todo lo que no pertenece á la profesión militar, como ya se indicó; pero hay algunos estados en que se incluyen individuos de las clases militares sin que esté demostrada la necesidad ni calificada la procedencia de tales destinos. En las direcciones generales de las armas se comprende que puedan ser de utilidad para el despacho de sus especiales asuntos los jefes y oficiales de los cuerpos respectivos, que en gran número figuran en sus negociados; mas en la secretaría, donde sólo se trata de aplicar las leyes y reglamentos, y de tramitar expedientes, no se requiere experiencia militar, ni hábitos de mando, ni se justifica por lo tanto la existencia de 2 brigadieres, 4 coroneles, 4 tenientes coroneles, 4 comandantes, 13 capitanes, 13 tenientes y 5 alféreces, que han trocado la espada del guerrero por la pluma del covachuelista, y cuestan nada menos que 721.500 rs.

JOSÉ RUIZ LEÓN.

(Continuará.)

NOTICIAS

PARA LA HISTORIA DE NUESTRA MÉTRICA.

SOBRE UNA NUEVA ESPECIE DE VERSOS CASTELLANOS.

II. *

Y ¿qué es el verso *laverdáico*? preguntarán nuestros lectores. ¿Por qué recibe ese nombre? El *por qué* lo diremos despues; ahora baste saber que el *laverdáico* es un verso de nueve sílabas. ¿Y por ventura es nuevo el verso eneasílabo? se nos replicará. Duro, ingrato, desapacible al oído, y, por lo mismo, poco usado sí será, pero ¿nuevo? Distingamos: el verso de nueve sílabas existe de tiempo atrás en nuestro Parnaso; pero no todo verso de nueve sílabas es un *laverdáico*. Del mismo modo el *sáfico* es un verso endecasílabo; pero no todo endecasílabo es *sáfico*. La legitimidad del verso eneasílabo ha sido por muchos puesta en duda, y ha habido preceptistas que para nada le han mencionado. Existen, sin embargo, diferentes ensayos en este metro, que conviene recordar como fundamento de nuestra tarea. En el verso de nueve sílabas podemos distinguir tres especies, que clasificaremos por los nombres de sus introductores, á la manera que los naturalistas dan á las plantas el de sus descubridores ó aclimatadores. En tal concepto, existen el verso *irriartino*, el *esproncedáico* y el *laverdáico*.

Al colocar el nombre de Iriarte al frente de la primera clase, no entendemos negar la existencia de ensayos anteriores. Por descuido de los poetas ó de los copistas, aparecen versos de nueve sílabas en los primitivos monumentos de nuestra poesía *vulgar* escrita; su falta de hilación demostrará la *no intencionalidad* de tales metros. Posteriormente no hemos hallado, por más que con diligencia los buscásemos, ejemplos de versos eneasílabos, sino por descuido de malos metrificadores. Sólo en las *Fábulas Literarias* toma este linaje de versos carta de naturaleza. De intento hemos reservado para este lugar la noticia de colección tan celebrada que, entre sus excelencias, tiene la de ser una *Arte métrica castellana* con cuarenta diversas combinaciones rítmicas, excluyendo únicamente las imitaciones de metros clásicos, poco adecuados á la fábula. Allí aparecieron por primera vez, que sepamos, los pareados de doce y trece sílabas, á la francesa; los endecasílabos, con acento en la cuarta y sétima (1), y algunas otras novedades que no han tenido éxito en su mayor parte. Allí se lee también

* Véase el número anterior, pág. 569.

(1) *Intencionadamente*, se entiende.

la fábula, harto conocida, de *El Manguito, el abanico y el quita-sol*, escrita en versos *iriartinos*:

Si querer entender de todo
Es ridícula presuncion,
Servir sólo para una cosa
Suele ser falta no menor.
Sobre una mesa cierto dia
Dando estaba conversacion
A un abanico y un manguito
Un paraguas ó quita-sol, etc., etc.

Estos versos, sin otro acento que el de la octava, son durísimos, poco ó nada cadenciosos, y no resisten la prueba de la lectura. Por eso han sido justamente abandonados en toda composicion escrita para ser leida. Pero ayudados de la música llegan á ser tolerables, y, por tal razon, es frecuente su uso en los cantables de las zarzuelas.

En 1801 vió la luz pública en Valencia la *Poética* del esclarecido jesuita D. Juan Francisco Masdeu, obra destinada á la enseñanza de una dama, y dividida en nueve diálogos. En este libro, que por lo demas no corresponde á la justa fama de su autor, se indica una nueva especie de versos de nueve sílabas, distintos de los *iriartinos*, y que en su cadencia presentan cierta analogía con el decasilabo usado en los himnos. Nadie recogió por entónces esta indicacion; pero en la tercera década de nuestro siglo, Espronceda, que probablemente no habia leído la *Poética* de Masdeu, empleó el eneasilabo, por él apuntado, en su obra maestra, es decir, en la admirable leyenda de *El Estudiante de Salamanca*, al describir en todo linaje de metros las horribles visiones de D. Félix de Montemar, amalgama sublime del Burlador de Sevilla y del Estudiante Lisardo:

Y luego el estrépito crece
Confuso y mezclado en un son
Que ronco en las bóvedas hondas
Tronando furioso zumbó;
Y un eco que agudo parece
Del ángel del juicio la voz,
En tiple, punzante alarido
Medroso y sonoro se alzó...

¿Para qué citar más, si el poema entero está en la memoria de todos? En el uso del verso *esproncedáico* apenas ha tenido imitadores el discípulo de Lista. La Avellaneda manejó este metro con singular felicidad en dos composiciones suyas; la primera lleva por título *La noche de insomnio y el alba*, la segunda está rotulada *La Cruz*. El *esproncedáico*, como todo verso de nueve sílabas, no es para usado en largas tiradas. La semejanza que se observa entre su cadencia y la del verso de diez sílabas, generalmente destinado á los himnos, hace que pueda sin violencia combinarse con él. ¿No es fácil el tránsito de los citados versos de *El Estudiante de Salamanca* á estos que se leen á continuacion:

Y de pronto en horrendo estampido
Desquiciarse la estancia sintió,
Y al tremendo tartáreo ruido
Mil espectros alzarse miró...
Y despues entre sí se miraron
Y á mostrarle tornaron despues...

¿Y quién duda que los primeros harian buen efecto combinados con los segundos? Por igual razon agradan enlazados con los *dodecasílabos*, y esto abre ancho campo para variedad de combinaciones agradables al oido, que remedien la rigidez del metro cuando se presenta aislado.

Un anuncio de la tercera especie de versos eneasilabos se halla en el siguiente *Himno* que inserta D. Sinibaldo de Más, al hablar de los metros fundados en el acento prosódico, en su *Sistema musical de la lengua castellana*:

Al arma, hijos del Cid, al arma,
Se empúñe el formidáble hiérro,
Corrámos al combáte pronto,
Y séa la vengánza cruel.
Corázás, carruájés, cáscos,
Cabállos, refulgéntes lánzas,
Milláres de guerréros brávos
Ocúlten á la tierra el sól.
Tremóle la bandéra hispána,
Y tiémble el sarracéno, tiémble,
Que Dios nunca abandóna al súyo,
El triúmpo de la cruz será.

El mismo Sinibaldo de Más presenta una silva compuesta de versos tredecasilabos y eneasilabos *iriartinos*, de esta manera:

A disfrutar los resplandores,
Insensible profano, vé del rey del dia,
Y aquí me deja á mis amores,
Que las horas son ellos de la noche umbría.

Pero esta combinacion es insufrible. Más aceptable es la siguiente, compuesta de tredecasilabos y *laverdáicos*:

Al astro que despide ardores,
A ese sol refulgente que es el rey del dia,
Prodiga hombre feliz loores,
Y me deja á mí solo con la noche umbría.

Aquí el mal está sobre todo en la union de los versos de trece sílabas que hacen insoportable la composicion. Y esto es cuanto conocemos de ensayos anteriores al metro *laverdáico*.

Damos este nombre al género de versos de nueve sílabas que si no ha inventado, á lo ménos ha usado más y mejor que nadie, fijando sus leyes y estableciendo variedad de combinaciones, el esclarecido literato montañés-asturiano Sr. D. Gumerindo Laverde y Ruiz. El nombre de este escritor elegante y eruditísimo es bien conocido de cuantos en nuestra patria se dedican á estudios filosóficos y

literarios. Critico de gusto seguro y acendrado, más propenso sin embargo al encomio que á la censura; docto sobremanera en todo lo que á nuestra historia literaria pertenece; campeón infatigable de la filosofía española, en pró de la cual ha dirigido una generosa cruzada, produciendo (justo es decirlo) notables resultados, que esperamos se aumenten en lo sucesivo; ingeniosísimo autor de proyectos admirables, que de realizarse por él (como en Dios confiamos) habían de dar copiosos frutos, anudando el hilo de nuestra tradición científica há tiempo desdichadamente roto; todas estas altísimas cualidades reúne el Sr. Laverde, y de todas ellas dió gallarda muestra en la colección que con el modesto título de *Ensayos críticos* publicó en Lugo en 1868. Si nuestros elogios parecieran hijos de la cariñosa amistad que con él nos liga ó del entusiasmo que por nuestras glorias provinciales sentimos, léase el prólogo que al frente de ese volúmen colocó el eminente crítico, poeta y novelista Sr. D. Juan Valera. La reputación del Sr. Laverde como escritor de erudición profunda, aguda crítica, castizo lenguaje y ameno y deleitoso estilo, es superior á nuestras alabanzas. Pero lo que muchos ignoran es que el docto catedrático, conocido sólo como prosista, es también un notable poeta, uno de los vates más verdaderamente líricos de la generación actual. Su inspiración es por excelencia *subjetiva* y con frecuencia tierna y melancólica. La personalidad del poeta brilla en cada uno de sus versos, y sus versos son tan hermosos como su alma. No pertenece el Sr. Laverde á la escuela salmantina ni á la sevillana; no forma parte de ninguno de los grupos literarios ménos famosos; es poeta original y espontáneo, y aparece no obstante enlazado con la pléyada de ingenios un tanto soñadores y meditabundos que en Galicia, en Asturias y en las montañas de Santander forman lo que pudiéramos llamar *escuela del Norte*, no estudiada ni clasificada aún, que presenta notables analogías, debidas, no á la imitación, sino á la semejanza del *medio* en que se ha producido, con la poesía escocesa y alemana (1). El Sr. Laverde, que representa como pocos el carácter dulce y nebuloso de esta escuela, ajusta sus inspiraciones á la más bella de las formas artísticas, á la forma griega, produciendo así una alianza de clásica morbidez y de romántica melancolía, en que la pureza, la nitidez y la exquisita ternura de los accidentes agradan más por el aparente contraste con lo ideal y aéreo del fondo. El Sr. Laverde ha cultivado mucho el sáfico, escribiendo en el metro de Lesbos composiciones de lo más acabado que en su género conocemos en nuestra lengua. Sirva

(1) En Pastor Díaz, en Enrique Gil y en otros poetas ménos conocidos son visibles estos caracteres.

de muestra *La Luna y el Lirio* que á continuación transcribimos. Escrita en 1857, apareció al año siguiente en la *Revista de Asturias*. Nuestros lectores van á disfrutarla con numerosos aumentos y correcciones, tal como aparece en un borrador autógrafa que la suerte ha traído á nuestras manos:

LA LUNA Y EL LIRIO.

Astro de paz que silencioso y místico,
Cual vaga imágen de perdida gloria,
Del negro monte en la erizada cresta
Lento apareces,

Tú que los campos y los mares orlas
De vaporoso indefinible encanto,
Sol de los tristes, del misterio amiga,

Pálida luna,

¿Qué anhelo es este que me embarga extraño,
Cuando al reposo universal presides?

¿Por qué á tu frente embelesado miro?

¿Tú también penas?

Como atraído por amiga estrella,
Hacia tu disco nacarado tiendo;

¿Late en tu seno el corazón de un ángel?

¿Amasme acaso?...

¿Dó fueron ya las inocentes horas
En que á esa adusta y enriscada cima,
Cogerte ansiando, tras de tí volaba,

Crédulo niño?

¡Ay! en el punto de ganar la altura
Mi fe burlabas, redregando esquivo,
Sobre distantes superiores cumbres

Resplandeciendo.

Así á la dicha perseguí en el mundo,
Así eludí mis juveniles sueños,
¿Cuanto subía por su luz más alto

Más se alejaba!

¿Cuán otro ahora desde el patrio valle
Vuelvo á tu faz los anublados ojos,
Marchita el alma, en desengaños rico,

Rico en dolores!

¿Quién elevarme á tu region serena,
Y libre allí de terrenales cuitas,
En alto sueño descansar contigo

Diérame, Luna!

¡Ah, te sonríes... Mas ¿qué voz divina
Rasga los aires, y en acorde acento
Blandas repiten como eólicas arpas.

Ecos y fuentes?

¿Será tal vez inteligencia alada
Que en los aromas del Edén ungida,
A revelarme de tu amor descienda

Suaves arcanos?

¡Es ella... sí... que de sus leves plumas
Siento el rumor, y estremecida el alma
Lánguidamente con afán espera

Su ósculo tierno!

¡Es ella... es ella!... á su rociado aliento
La verde selva por su luz bordada
Del mar las ondas y apacible ruido

Triste remeda.

¡Sí!... que en las linfas del pimplon (1) fugaces
Casta y profunda su mirada brilla
Y la armonía de su etéreo labio

Flébil resuena:

(1) Pimplon (tal vez del griego *πυμπλεω*, llenar, porque llena el pozo colocado debajo).—Voz provincial de Asturias.

—«De tu existencia en el abril dorado,
Pobre mujer, de liviandad esclava,
Te vió, te amó, su porvenir, su gloria
Puso en tí solo!

»De las pasiones el torrente rauda
A su antro impuro te llevó un instante...
¡Ay! como sombra arrebatada huiste...
No de su alma!

»Quedaste en ella con dolor de vida,
Purificando su letal ambiente,
Como en el seno de podrida tierra
Planta fecunda.

»Y el cautiverio en que infeliz yacia
Rompió, á estos valles dirigiendo el vuelo,
Tórtola amante, cual si aquí piadoso -
Tú la llamarás.

»Por tí el abismo conoció en qué estaba,
Por tí al Eterno levantó los ojos,
Por tí á esperanzas renació inmortales,
Por tí fué libre.

»En el olvido feneció del mundo,
¡Ni una oracion le consagraste, impio!
Dios su clemencia le otorgó infinita,
¡Dios entró en ella!

»Sea, le dijo, *tu mansion la luna*
Donde tus culpas en destierro expies,
Hasta que el hombre á quien amaste insano
Llore y te ame!

»Jamás oíste en la quietud nocturna
De ánima en pena el suspirar profundo,
¡Era la suya que á tu amor errátil
Tierna llamaba!

»Allá del mar en la desierta orilla
Yace su cuerpo en escondida gruta,
Donde entre zarzas solitario crece
Lirio celeste.

»Místico lirio á cuyo cáliz puro
Baja en los rayos de la Luna leves,
Gime con ella cariñoso el viento,
Gimen las ondas.

»¿Tu corazón abandonado llora?
A orar vé allí y encontrarás consuelo...
¡Allí su ardiente corazón te espera!
¡Lloras! ¡Me amas!»—

¡Lloro, te amo, dolorida sombra,
Que los misterios de la muerte sabes,
Y en mi agitado corazón difundes
Soplo de vida!

Como luceros en profunda noche,
En mi alma abiertos con dulzura triste
Eternamente irradiarán tus ojos...
¡Lloro, te amo!

¡Ven á mi pecho!... El ruiseñor canoro
Llama á su esposa que en gentil gorjeo
Le corresponde, y desalada vuela,
Vuela á su nido.

¡Ven... á cantar lasavecillas tornan,
Cantan unidas... y de mí te alejas?...
Muéstrame el cielo, y en la tierra oscura
Déjame solo!

—«Queda por tí mi corazón velando
Hasta que puro cual intacta nieve
Brilles, y á Dios como los santos ames...
¡Ámale y llora!

»Mi lirio azul recogerá tu llanto,
Tu alma el Señor... Con asombrado rostro,
Yerta la Luna en el Ocaso umbrío
Trémula espira...

¿Sueño ó verdad lo que escuché sería?
¿Solo no estoy en mi vigilia inmensa?
¡Un corazón que con el mío lata!
¡Ay, no lo creo!

Si hay muchas poesías tan de véras *líricas* en nuestro Parnaso moderno, yo por mí no las conozco. Por la corrección y pureza de la forma, es esencialmente clásica esta *fantasía*. Por la vaguedad é indefinible encanto del sentimiento, pertenece con pleno derecho á la *poesía del Norte*. Estos cantos no nacen en las márgenes sagradas del *aurífero* Tajo ó en las del Bétis, *rey de los otros ríos*, sino en las vertientes de los montes pirenaicos, en las rocas donde el mar de Cantabria rompe sus olas. En los poetas del Mediodía todo es *objetivo*, todo luz, color y movimiento; en los del Norte la tendencia es más reflexiva y más íntima, las aspiraciones del alma más vagas, la melancolía más intensa y duradera. Véase otra muestra de las dotes poéticas del señor Laverde en la composición titulada:—

¡PAZ Y MISTERIO!

¡Qué agitación, que soledad... columbro
Trémula antorcha en el confin sombrío...
¿Es el amor que á consolarme viene?...
Voy á su encuentro!

¡Noche sin luna!... El adormido cielo
Triste sonríe á la adormida tierra,
Y ondisonando cadencioso el grave
Ponto le arrulla.

Perdida oveja en los collados bala,
Almas en pena por las gaudas (1) gimen,
Lentas las auras, las silvestres ondas
Lentas murmuran.

¿Dónde me lleva el corazón volando?
Atrás el bosque y sus florestas dejo...
Allá en el monte el ruiseñor gorjea...
Vuelo á la cumbre!

¡Hora á cumplirse algún misterio empieza!
Cantan los ecos... mis oídos cantan...
Son armonías del festín... mi nombre...
¡Fuera del mundo!

¡Qué puro albor los horizontes baña!
¡Qué dulce estrella los alumbró inmóvil!
¡Qué alma Deidad de su dorado seno
Brotó radiante!

Cetro de lirios y azucenas trae,
Bajo sus piés la inmensidad florece,
Vierten aromas del Edén sus labios,
Gloria sus ojos.

Ciñe mi frente con azul guirnalda,
Me desvanece su mirar divino,
Plácida sombra en derredor extiende...
Caigo en sus brazos...

Arden al par su corazón y el mío,
Surco los cielos en bajel de flores...
¡Es el amor!... Mi corazón espira...
Muero de gozo!

Sigue el festín... y las distantes arpas
Melancolía regalada infunden...
Calla la mar... el firmamento brilla...
¡Paz y misterio!

(1) *Grandas* y también *gaudaras* se llaman en Galicia, Asturias y la Montaña de Santander los terrenos ásperos é incultos.

La destreza con que el Sr. Laverde maneja el sáfico, y el uso frecuente que de él ha hecho en sus composiciones, han debido conducirle naturalmente á la invencion del *laverdáico*. Así llamó á este metro en un momento de buen humor el sabio presbitero doctor Caminero, á quien debo copia de los ensayos rítmicos de nuestro comun amigo el Sr. Laverde, ensayos que daré á conocer sin el consentimiento, y no sé si á disgusto, de su autor, seguro de que me lo han de perdonar y áun de agradecer las musas castellananas.

El *laverdáico* es un *sáfico* despojado de las dos primeras sílabas. En la famosa oda de Villegas *Al Céfitro* puede hacerse la comprobacion. Separando dichas sílabas en cada uno de los versos *sáficos* de la primera estrofa, esta quedará convertida en *adónico-laverdáica*:

Vecino de la verde selva
Eterno del Abril florido,
Aliento de la madre Vénus,
Céfitro blando.

La ley del *laverdáico* como la del *sáfico* es inflexible. El segundo va acentuado en cuarta y octava, el primero en segunda, sexta y octava. De aquí resulta, á la par que notable ventaja sobre los demas versos de nueve sílabas, cierta rigidez y falta de variedad, que el Sr. Laverde corrige en lo posible, haciendo distintas todas las vocales acentuadas de cada verso. Sin embargo, esta falta de variedad melódica impide usarle en largas tiradas, y su inventor se ha limitado con buen acuerdo á emplearle en breves composiciones. Tampoco agradaría una *série pura* de versos *laverdáicos*. El Sr. Laverde ha hecho diferentes ingeniosas combinaciones, de todas las cuales vamos á presentar muestras á nuestros lectores.

El *laverdáico*, por su analogía con el *sáfico*, se combina naturalmente con el *adónico*. Tal observamos en la siguiente bellísima *Plegaria á la Virgen*:

Dá oídos al clamór ferviente
Que el puéblo en su orfandád te eléva,
Oh ampáro de los hijos de Éva.
Madre de Dios.
Y ofréce en holocausto ardiente,
Ofréce á tu Jesús bendito
Nuestra álma y corazón contrito,
Ruega por nos.
Del hondo entenebrido suélo,
Pobládo por dó quíer de abrójos,
Volvémos hácia tí los ójos
Llenos de afán.
Que en tórno derramándo duélo
Se agita Satanás rugiente...
Quebránta su orgullósa frénte,
Dulce Mirián!
El ciélo á nuestro amór franquéa,
Al tróno del Señor nos guía.
¡Ver dános el etérno día,
Dános la luz!

Que la álma eternidad nos véa
Seguirte en jubilóso bándó,
De Cristo la piedád cantádo
Bajo la Cruz.

Otra combinacion *laverdáico-adónica* aparece en el siguiente *madrigal*, modelo de gracia y delicadeza, que se atreve á competir con los mejores que en castellano tenemos, y áun con los más famosos de Italia.

¿No ves en la estacion de amores
Pintada mariposa breve
Que al soplo de las auras leve,
Rondando las gentiles flores
Leda se mueve?
¿No observas que por fin plegando
Las alas de azucena pura
Se acoge á la vital frescura
Y encima de su cáliz blando
Duerme segura?
En ella figurado tienes
Mi amante corazon, Jimena;
Son flores de campiña amena,
Del mundo para mí los bienes,
Tú la azucena.

Hijo en cierto modo del *sáfico*, se combina con él el *laverdáico*, pudiendo formarse variedad de estrofas de muy agradable efecto. La siguiente composicion, muestra notable del carácter *lírico* de la poesía del Sr. Laverde, ofrece encadenados *sáficos* y *laverdáicos*.

Á MI INMORTAL AMIGA.

¡Pálido rostro, celestial mirada,
Sonrisa de inefable amor!
¡Virgen etérea á consolar llamada
De un vate el perenal dolor!
En largas horas de silencio grave
Absorto aparecer la ví,
Y de los astros al fulgor suave
Sus huellas de azahar seguí.
Dentro mi pecho su ideal figura
Con fuego se grabó al pasar...
Ni áun en el seno de la tumba oscura
La muerte la podrá borrar.
¡Ángel sublime de mis sueños de oro
En forma de gentil mujer...!
Casta Deidad que en mi tristeza adoro...
¿Pasaste para no volver?
¡Jamás tu hechizo pudoroso y blando
Mi noche y soledad sin fin
Vendrá de nuevo á iluminar, trocando
La tierra en floreal jardín?
¡Ay! de perverso encantador cautiva,
Gimiendo só el poder quizás,
Allá en morada misteriosa, esquiva,
Oculta al universo estás!
Sola tal vez en el recinto vago,
Poblado de serpientes mil,
Nunca recibes el frescor y halago
Del aura ni la luz sutil.
Ni un eco leve en las estancias yertas
Responde á tu doliente voz!...
¿Llámame acaso? ¿A franquear sus puertas

Me mandas acudir veloz?
 Guíeme un rayo de tus ojos puros,
 Tu aliento su virtud me dé,
 Y á redimirte de ese limbo oscuro
 Intrépido volando iré...
 ¡Mira, al prestigio de mi canto y lira,
 Rendirse el colosal dragon
 De alas de fuego que espantoso gira,
 Guardando tu letal prision!
 ¡Mira, el encanto abrumador deshecho,
 Las sierpes al abismo huir,
 La brisa holgar, y el ominoso techo
 En humo por los aires ir!
 ¡Del éter mira en el azul sereno
 El astro animador brillar,
 El val de flores coronarse ameno,
 Las aves por doquier trinar!
 ¡Recobras ya la libertad perdida!
 ¡Ya tornas sonriendo á mí
 Los claros ojos en que el cielo anida!...
 ¡No ceses de mirarme así!
 Predestinada á consolar naciste
 De un vate el perenal dolor...
 ¡Ven, que mi pecho solitario y triste
 Rebosa para tí de amor!
 Sé de mi vida en el estéril yermo
 Oásis regalado, sé,
 Donde su sed el corazon enfermo
 Apague de ternura y fe.
 Al dulce amparo, mi cadente lira
 Tañendo, de tu sombra en paz,
 ¿Qué temeré del huracan la ira,
 Qué el rayo abrasador voraz?

La siguiente admirable y sentidísima *Elegía*, inspirada por un verdadero y profundo dolor, está escrita en cuartetos *sáficos*, con el *laverdánico* á modo de *adónico* al fin:

Á LA MEMORIA DE MI HERMANA LUISA,
 fallecida en 1851, á la edad de diez años.

Cuando á los cielos su clamor solemne
 Aquella torre solitaria envía (1),
 Del mar vecino entre el zumbir perenne
 Caen negras sombras sobre el alma mia,
 Y el llanto á mis mejillas viene.
 ¿Allí algun genio misterioso habita
 Que al ronco acento de la fiel campana
 Vuela á acordarnos en profunda cuita
 Que es polvo y sombra la existencia humana,
 Que hay otra más allá infinita?
 ¡Ay! allí yace fenecida á prisa
 Mi dulce hermana como el sol hermosa,
 De ojos azules y cordial sonrisa,
 Más que la estrella de la mar graciosa,
 Más pura que de Edén la brisa.
 La mansedumbre en su mirar sereno,
 La discrecion en su apacible estilo
 Resplandecía, y su nevado seno
 Era de amor y de piedad asilo,
 Cual vaso de perfumes lleno.
 ¡Ah! cuántas veces su florido manto
 La primavera desplegó, Luisa,
 Sobre la tierra, desde huyó tu encanto!

(1) La de San Miguel de Hontoria, iglesia cercana al mar, y situada no léjos de Nueva.

¡Y aún á tu nombre en nuestro hogar la risa
 Se trueca en suspiroso llanto!
 Flora renace, y generosa vierte
 Vida á raudales por campiña y selvas:
 ¿Nunca ¡ay! mis ojos tornarán á verte?
 ¿Nunca será que á consolarme vuelvas?
 ¿Jamás te soltará la muerte?
 No, tu alma vive con la Madre Santa
 Á quien llamaste en el poster sollozo;
 Vive en la altura dó con libre planta
 Gira por campos de perpetuo gozo,
 De Dios las maravillas canta.
 De allí su cuerpo á recobrar pristino
 Vendrá á la tierra en el supremo dia,
 Y rutilante se alzaré al divino
 Festin de amor, en que eternal sonría
 Libando de la gloria el vino.
 Y mi Segundo y mi Asuncion (1) con blando
 Riso la estola ostentarán florida
 De la inocencia, junto á tí brillando!
 ¡Venid!... llevadme á esa region de vida,
 Que yo os vea y moriré cantando.

(Nueva, 8 de Setiembre de 1874.)

Metro que se emplea en poesías de tan subido mérito, asegurada tiene la inmortalidad que da el ingenio á sus creaciones. La *Elegía* vivirá, y con ella el ritmo en que el artista ha encarnado su pensamiento.

Tambien ha ensayado el Sr. Laverde la combinacion *sáfico-laverdánico-adónica*, tal cómo aparece en el siguiente

PENSAMIENTO.

Si no órlan vanos mi vivienda tosca
 De afanes y querellas libre
 Verdes laureles,
 ¿Por qué temer que la tormenta fosca
 Sobre ella horrisonante vibre
 Rayos crueles?

Aún pueden ensayarse otras combinaciones *sáfico-laverdánicas*. Existe un epigrama latino, conservado por mucho tiempo en la memoria de los doctos ántes de ser impreso. Su autor es ignorado: dicese que fué un jesuita del siglo XVII, otros le atribuyen á Jerónimo Amaltheo; pero, de todas suertes, encierra un pensamiento ingenioso y agradable:

Dice así:

Lumine Acon dextro, capta est Leonida sinistro
 Et poterat forma vincere uterque Deos,
 Parve puer, lumen quod habes concede puellæ,
 Sic tu cæcus Amor, sic erit illa Venus.

El Sr. Laverde le ha imitado con felicidad en el siguiente *madrigal*:

Aunque una, Emilio, de tus luces claras
 Perdida lloras, y la opuesta, Lisis,
 Sois tipos de beldad los dos.
 ¡Ah! si á tu hermana la otra luz prestaras,
 Ella la Diosa del Amor sería,
 Tú, oh niño, el ceguezuelo Dios.

(1) Hijos míos que murieron párvulos (Nota del Autor en el borrador autógrafa).

Una combinacion distinta, y asimismo de buen efecto, observamos en este otro *madrigal*, notable por la delicadeza del pensamiento y el primor de la ejecucion:

En este ramo de azucena y rosa
Que aún guarda el matinal rocío,
De mi ribera lo mejor, Gaudiosa,
Con alma y corazon te envío.
Ruégote en pago que al libar su aroma
Recuerdes que jamás te olvido,
Y al cielo pidas, virginal paloma,
—¿Qué?...—Nada... lo que yo le pido.

Ingeniosísima es la disposicion del siguiente juguete, dedicado al ilustre doctor D. Francisco J. Caminero, cuyo *Manuale Isagogicum in Sacra Biblia* demuestra que aún no se ha extinguido la vigorosa raza de nuestros escriturarios, tan floreciente en los gloriosos dias del siglo XVI:

¡La nueva cuerda de mi humilde lira
No te desplace, y que la pulse quieres,
Cuando ya Euterpe sin amor me mira?
Pues dócil tu precepto sigo,
Benigno eres,
Sélo conmigo.

Bajo la espuma de las blancas olas
Ronca á lo léjos dormitando el ponto,
Mientras que yo con entusiasmo á solas,
En dulce inspiracion velando,
El plectro y lira enardecido apronto
Y empiezo á alborear cantando,
¡Y él como un tonto
Sigue roncando!

La noche ahuyenta y los espacios dora
Con blanda risa la oriental sirena,
Á quien el vulgo denomina aurora...
¡Sarcástico reir que entiendo!
De mí se burla de frescura llena...
Corrido, mi cantar suspendo
¡Y ella sin pena
Sigue riendo!

Viene esparciendo rutilante lumbre
Febo despues con su farol redondo,
Y se remonta á la celeste cumbre...
Me ofende su calor salvaje,
Corro del bosque hasta el rincon más hondo
Y folgo entre el feraz ramaje
¡Y él tan orondo
Sigue su viaje!

Llega la tarde y con guiñar lascivo
Vénus, subiendo por la azul esfera,
Pretende hacer mi corazon cautivo...
Las artes de esa vieja niña
Sé ya de antiguo... y en veloz carrera
La esquivo, aunque gentil se aliña,
¡Y ella la artera
Guiña que guiña!

La noche avanza y la modesta Luna
Sale, entre nubes, de la mar salobre,
Y perlas llora sin modestia alguna;
Yo entónces con acento blando
Vuelvo la lira á repicar de cobre,
Mi alegre soledad cantando...
¡Febe la pobre
Sigue llorando!

Ya el sueño todos los vivientes gozan,
Salvo las ranas del juncoso lago
Y los escuerzos que doquier sollozan...
¡Arrullo sin igual!... cediendo,
Caro doctor, á su divino halago,
La lira en la pared suspendo,
La vela apago,
Vóyme durmiendo.

Los ensayos anteriores de versos de nueve sílabas han tenido éxito limitado, ora por sus condiciones intrínsecas, poco favorables á la armonía, ora por no haber sido cultivados con el amor y entusiasmo que el *laverdánico*, ni empleados en combinacion con otros metros. Pero la nueva especie de ritmo que hemos dado á conocer á nuestros lectores, agradable al oído en cuanto puede serlo un verso eneasílabo, enlazado con otros metros que disminuyen su rigidez y uniformidad, y empleado en composiciones tan notables como la *Elegía á la muerte de mi hermana*, y la *Oda á mi inmortal amiga*, ha de ocupar un señalado puesto en nuestro Parnaso lírico, á poco que el Sr. Laverde continúe sus tentativas y que otros ingenios se dediquen á imitarle. No es empresa tan difícil, como á primera vista parece, la de componer versos *laverdánicos*. En este linaje de ensayos todo consiste en tomar la emboadura. Cónstanos que la *Elegía* antes citada y la composicion dirigida al doctor Caminero fueron obras de una sola noche.

El que esto escribe, sin la pretension de haber acertado, probó á traducir en versos *sáfico-laverdánico-adónicos* la intraducible oda 5.ª del libro 1.º de Horacio *Quis multa gracilis te puer in rosa*, y se atreve á ponerla como remate de este artículo, si bien conociendo que ha de parecer mal al lado de las excelentes poesías del Sr. Laverde:

¡Qué tierno niño entre purpúreas rosas,
Bañado en oloroso unguento
Te estrecha, Pirra, en deliciosa gruta
Sobre su seno?
¡Por quién sencilla y á la par graciosa
Enlazas las flexibles trenzas?
¡Ay, cuando llore tu mudanza el triste
Y tu inclemencia!
Mar agitado por los negros vientos
Serás al confiado amante
Que siempre alegre y amorosa siempre
Piensá encontrarte.
¡Misero aquel á quien propicia mires!
Yo libre de tormenta brava
Al Dios del mar ya consagré en ofrenda
Veste mojada.

MARCELINO MENENDEZ Y PELAYO.

Santander, 2 de Agosto de 1875.

EL PORVENIR MILITAR DE ALEMANIA.

Para comprender las exigencias de los políticos y las inquietudes de los estratégicos de Berlín, es necesario evitar el error en que ha caído casi toda la prensa inglesa, y no tratar la cuestión del porvenir de Alemania como si exclusivamente interesase á los alemanes y franceses. Está ya muy lejos el tiempo en que el *duelo de las naciones* significaba únicamente una lucha individual entre lo que fué en otra época y lo que es hoy el nuevo imperio de Europa. Todo argumento que no tiene en cuenta la existencia de otros grandes imperios, cuya política debe tener seria influencia sobre las decisiones de los hombres de Estado alemanes, parte de una consideración demasiado estrecha de la situación de Europa para merecer seria discusión. A pesar de esto, en Inglaterra, como en los países vecinos, casi todo el mundo habla y escribe como si el antiguo dualismo de la Europa occidental fuese y debiese continuar siendo la única parte de la política continental que mereciese grave atención y que interesara realmente á los políticos del continente. Nos proponemos demostrar que esta manera de ver es demasiado mezquina, y que, para encontrar la resolución de los grandes problemas internacionales de nuestra época, es necesario buscarla más allá de los límites de la lucha tan frecuentemente renovada entre Francia y Alemania.

Empecemos por examinar con detención la historia de la crisis de hace tres meses, y veremos cuán errónea era la opinión popular que la ha atribuido únicamente á los temores inspirados á Alemania por la fuerza creciente de Francia y los progresos de su reorganización. Cuando en el pasado mes de Mayo se esforzaron los consejeros militares de Prusia en producir una guerra que solamente impidió la intervención de Rusia, natural asombro se extendió en Francia y en otros países donde se sabía cuán poco dispuestos estaban los franceses para luchar con sus antiguos rivales, y cuán irrealizables serían en aquel momento los proyectos de revancha que se atribuyen á los vencidos de la última guerra. Como es natural, este sentimiento no ha disminuido con las recientes discusiones sobre los armamentos franceses. Así, pues, muchas personas que solamente reflexionaban por lo que todo el mundo ve, y que con razón creen que hechos evidentes para cualquiera no pueden ocultarse á la vigilancia de Berlín, están convencidas de que, no teniendo el conde de Moltke nada que temer del ejército francés, los proyectos que se le atribuyeron en el mes de Mayo, según testimonios que no pueden negarse, no han podido existir jamás en realidad. Ahora bien, las premisas de esta argumenta-

ción están bastante bien fundadas. En realidad, Francia no tiene sobre las armas las tres cuartas partes de la fuerza que su adversario mantiene en pie de paz. Apenas hace un mes que el ministro de la Guerra francés ha tomado las primeras medidas para ejercitar el primer contingente de la reserva que en el porvenir debe completar el ejército francés y permitirle elevarse al número indispensable para el pie de guerra; en Alemania, por el contrario, toda la reserva está dispuesta para entrar en línea al primer llamamiento. El ejército territorial de Francia solamente existe en el papel. Su armamento es incompleto; sus aprovisionamientos son muy inferiores á los que necesitaría para una gran campaña. En una palabra, si Francia se viese actualmente obligada á hacer la guerra, se encontraría en condiciones mucho menos favorables que en 1870; y, por otra parte, el ejército alemán, no solamente tendría en su favor el prestigio de la victoria y la ventaja de la experiencia, sino que también se encontraría más completo y mejor preparado en todos conceptos que hace cinco años. En efecto, hábiles é infatigables administradores, apoyados por una nación entusiasta y disponiendo de un presupuesto casi ilimitado, han consagrado á él todos sus esfuerzos. Y esta gran diferencia se conoce perfectamente y se estudia con cuidado en el gigantesco departamento del *Thier-Garten*, en el que la ciencia militar, llevada á una precisión casi matemática, ha concentrado todo el material que puede crear la inteligencia para asegurar la conservación de la superioridad militar conquistada. Pero concedido todo esto, no es menos inexacto admitir que se ha podido desear hace tres meses obligar á Francia á trabar una lucha desigual, cuyo resultado había de ser su absoluto rebajamiento; también es inexacto contestar que la guerra se hubiese declarado sin el menor escrúpulo, á no ser porque el príncipe de Bismarck tenía muy poco que ganar por el momento, mientras que Rusia tenía mucho que perder.

Sin embargo, los que sostienen que la cosa era imposible, no se engañarían si Alemania y Francia fueran las únicas potencias importantes de Europa. Desgraciadamente, olvidan que, después de todo, el nuevo imperio solamente es una de las cuatro potencias de primer orden que desde hace mucho tiempo comparten la superioridad militar del mundo. Olvidan principalmente que, aunque dos de estas potencias han sido vencidas por las armas prusianas, cada cual en una lucha decisiva, queda una que aún cree, ó se esfuerza en creer, que se encuentra completamente en estado de hacer frente al vencedor. Cosa más extraña aún: los que tanto hablan de la lección de Jena, de la habilidad con que Stein y Scharnhorst levantaron á su país abatido, devolviendo, por decirlo así, la vida á su alma, y

del brusco cambio que siguió al discurso de Federico Guillermo y del canto de Arndt; éstos, repito, para nada tienen en cuenta las condiciones en que Prusia desenvainó la espada en la guerra de la Independencia. Lo que no hubiese sido más que un acto de loca temeridad si hubiese estado sola, fué justo y razonable en el estado en que se encontraba entonces Europa. Rusia inundaba la Polonia con las legiones con que realizaba la tarea que se había impuesto de rechazar hácia el Oeste las águilas francesas. Buques ingleses cruzaban delante de todos los puertos de Alemania para proteger la entrada de los agentes ingleses encargados de llevar armas y socorros proporcionados por Inglaterra. Austria, que por su posición geográfica cubría todo el flanco del futuro teatro de la guerra, se armaba lentamente y en secreto, decidida á unirse á los enemigos de Napoleon y á contribuir á que la lucha no tuviese esperanza para él, en el caso de que no pudiese aplastar al primer golpe las fuerzas del Norte coaligadas contra su poder. La católica Baviera, tan lenta en conmovirse y que debía á Francia tanta grandeza aparente, deseaba ya el día en que pudiese volver sin temor sus armas contra el detestado protector de la confederación del Rin y arrastrar con ella á sus miembros menos importantes. Hoy es de moda en Alemania y en otras partes hablar de Blücher y de Gneisenau por haber conducido á la victoria á los prusianos en 1813. El ejército que realmente mandaba Blücher y que Gneisenau dirigió en aquella terrible derrota de Macdonald sobre el Katzbach, presagio del desastre mayor aún de su amo sobre el Elster; aquel ejército, repito, lo formaban en gran parte rusos puestos á las órdenes del viejo héroe alemán, tanto por política, como por respecto á su capacidad militar. En una palabra, solamente como miembro de una gran liga salió Prusia de su estado de humillación para alzarse á nueva grandeza y para adquirir en Europa un poder mayor que el de Federico, gracias á victorias que eclipsan las de aquel héroe.

¿Es probable que los sucesores de Federico olviden esta lección cuando oyen hablar de Jena y de sus enseñanzas á propósito del antiguo enemigo de Prusia? No, seguramente. Los hombres que pesan las probabilidades de la política europea y su influencia sobre Berlin, conocen muy bien la historia y á la vez tienen en cuenta las condiciones del tiempo. Ni el príncipe de Bismarck ni el conde de Moltke piensan con la generalidad que la primera crisis grave que se verifique en el continente deba ser repetición de la última, un duelo entre Alemania y Francia en las condiciones más desfavorables para ésta. El mismo apresuramiento que han manifestado para dar á la lucha esta forma particular, demuestra que están convencidos de que no puede tener serios

peligros para el imperio alemán, y que el peligro solamente podrá existir cuando Francia pueda aliarse con otras potencias deseosas de rebajar á su vez á Alemania. En la posibilidad de que Francia pueda aliarse con el enemigo, desconocido aún, de Alemania, debe buscarse la explicación de esa hábil mezcla de fanfarronería y de pretendido temor, que no solamente ha engañado á las naciones extranjeras, sino también á los alemanes, tan tranquilos de ordinario, cuyo buen sentido ha sido algo turbado por la embriaguez de la victoria.

Siendo esto así, es muy importante buscar cuáles sean las probabilidades contra las que creen deber garantizarse los hombres de Estado y estratégicos alemanes, aún á riesgo de cometer una injusticia actual. El nuevo imperio no tiene ni siquiera un amigo en Europa, y sus principales órganos lo declaran así abiertamente. ¿Tiene acaso en frente la terrible perspectiva de ver la Europa indignada alzarse como un solo hombre, de la misma manera que se alzó en otro tiempo contra el imperio de Napoleon, cuando el desastre de Rusia vino á interrumpir la serie de sus victorias? No lo creemos. Por odiosa que la Alemania se haya hecho á los escandinavos por su cínico desprecio de los tratados en el asunto del Schleswig; aunque se haya hecho temer en Suiza y en Austria por lo que en estos países llaman su insolente pretensión de mandar á cuantos hablan lengua germánica; aunque la teman Holanda y Bélgica por su avidez de puertos, de colonias y de comercio; aunque Rusia, en fin, la mire con desconfianza y frialdad, como una nueva barrera opuesta á los ambiciosos proyectos de la política moscovita por el lado de Occidente, en Francia, principalmente, en ese país donde el yugo de hierro de la conquista ha penetrado hasta el corazón de los habitantes, es donde Alemania es objeto de un odio que se parece al horror que la misma Alemania experimentaba por Francia en tiempos de la dominación de Napoleon I. Y además de la diferencia de sentimiento, existe también gran diferencia de situación militar, que no se tiene bastante en cuenta.

La posición geográfica de Alemania, posición casi central, exponiéndola aparentemente á ser atacada por varios puntos, y poniéndola en la necesidad, como ella misma repite con frecuencia, de defender enorme extensión de fronteras; extensión mucho más considerable que la de las demás potencias de Europa, exceptuando Austria, le es en realidad muy ventajosa contra una coalición general. Las potencias de segundo orden, que suelen repetir con complacencia la frase del conde de Moltke, que se necesitarían uno ó dos cuerpos de ejército para vigilar á la que fuese hostil á Alemania; estas potencias, repito, si se declarasen contra aquella, estarían tan

completamente separadas por su enemiga, que ninguna, ni aún todas reunidas, tendrían la menor influencia en el resultado de una nueva lucha. Si estas potencias secundarias se atreviesen á desenvainar la espada contra Alemania, conseguirían, á lo sumo, ocupar algunas de las mejores tropas de segunda fila que en la actualidad organiza con la nueva ley de *landsturm*. Y seguramente, mientras Holanda y Dinamarca dejen, como han hecho hasta hoy, en estado de proyectos las reformas que han propuesto para sus ejércitos; mientras Suiza y Suecia no tengan otra fuerza militar que una milicia; mientras Bélgica sea la única potencia de segundo orden que consienta en sacrificar, en proporcion muy pequeña, los intereses de su comercio y los deseos de los partidos á las necesidades militares, podemos estar seguros de que Alemania podría mañana mismo tener guerra con cualquiera de estas potencias, y hasta con todas á la vez, sin sacar un solo hombre del ejército poderoso, destinado á sostener la lucha con enemigos más formidables.

Entre todos los países de Europa, Italia es el más difícil de juzgar bajo el punto de vista del porvenir general. Pero nos bastará decir que su posición geográfica aislada, el mal estado de su hacienda, el tiempo que necesita para consolidar elementos nacionales divididos durante siglos, todo, en una palabra, hace tan poco probable por su parte cualquier veleidad de una guerra que no la fuese impuesta por la necesidad de la salvación nacional, que podemos omitir hablar de ella. Seguramente no puede ejercer influencia ni sobre la política actual de Berlín, ni sobre ninguno de los Gabinetes con quienes el de Berlín mantiene relaciones más íntimas.

Si pues dejamos aparte Francia por las razones que ya hemos expuesto, razones que demuestran no puede aspirar á desempeñar el primer papel en el próximo porvenir militar de Europa, de lo que está bastante convencida para no pretenderlo siquiera, deberemos fijar nuestra atención en Austria ó en Rusia, ó en las dos juntas, puesto que son la verdadera causa de las inquietudes de Alemania. Estas inquietudes han debido ser muy grandes, puesto que se han manifestado por medio de preparativos para aplastar á Francia y reducirla por este medio á la imposibilidad de aliarse en el porvenir con otras grandes potencias, lo cual simplificaba mucho el problema del porvenir militar de Alemania. Si esto es exacto, es decir, si Alemania tiene realmente algún enemigo á quien considerar amenazador para su grandeza nuevamente adquirida, no debe buscarse este enemigo en Francia ni en los pequeños Estados independientes. Busquémosle, pues, en los dos grandes imperios que la limitan al Sur y al Este. Vamos á estudiar algo detalladamente estos

dos imperios, á fin de descubrir, si es posible, hasta qué punto pueden ser justificadas las inquietudes de que hemos hablado.

El peligro no podría nacer de Austria, que conoce muy bien que le falta la unidad, contra la que tendría que luchar; sus hombres de Estado conocen demasiado las dificultades interiores que surgirían detrás de sus ejércitos si tuviese que combatir sola con Alemania; su administración política, no solamente está dividida en dos partes iguales celosas entre sí por el sistema de dualismo que es la constitución de su vida moderna, sino que además es compleja, lenta y débil extraordinariamente si se la compara con el imperio de Alemania. Estos solos hechos, demasiado evidentes para que se ignoren en Austria ó en los países inmediatos, bastarían para asegurar que no se moverá á no verse atacada por su temible vecina. Además, ocho millones de sus súbditos, es decir, la parte más inteligente, más activa y más rica de las variadas razas de que se compone el imperio austro-húngaro, tendrían simpatías por el enemigo si estallase mañana una ruptura entre Viena y Berlín. Austria correría entonces grave peligro con su población teutónica, completamente hostil; sus tchecos, bastante mal dispuestos en favor de una monarquía centralizadora; sus sérvios y croatas, dispuestos siempre á revelarse contra una administración que no es á sus ojos más que el instrumento de opresión de su raza por la raza magyar. Cualquiera que fuese el resultado, la guerra sería peligrosa para la casa de Habsburgo, y una derrota haría correr graves peligros á su corona. Habría que admitir, además, que Austria tuviese ó hubiere de tener para esta lucha iguales recursos militares que Alemania; pero está muy lejos de encontrarse en este caso, como nos convencerá rápido exámen.

De la clase sometida anualmente á la quinta, y que es inferior en algunos millares de hombres á la clase correspondiente en Alemania, Austria solamente llama 95.000 hombres al servicio regular de tres años, mientras que Alemania llama 130.000, comprendiendo á los mozos que deben reemplazar á los ausentes. Resulta de esto, que los mozos útiles para el servicio, que no son llamados á él, aunque inscritos en la *landwehr*, debilitan más bien que refuerzan este cuerpo, al ménos segun las ideas modernas sobre la organización militar, que consideran que el hombre no es útil para la milicia si no ha servido realmente en el ejército regular. Es claro, por lo tanto, que Austria no puede rivalizar con Alemania en el número de hombres, como no puede comparar sus razas inferiores á los enérgicos campesinos de la Pomerania y del Brandeburgo. Incontestables ejemplos han demostrado recientemente al mundo que no se puede decidir en poco

tiempo el éxito de una gran guerra si los soldados no entran en campaña organizados y equipados por completo. La preparacion y conservacion en tiempo de paz de los equipos necesarios para la guerra, es uno de los principales capítulos del presupuesto militar de las grandes naciones; así, pues, el gasto medio en este ramo, admitiendo que los precios sean casi los mismos, es una especie de indicacion de su deseo de estar preparadas á la primera señal. Ahora bien, proporcionalmente á sus rentas, Austria es actualmente la más económica de las grandes naciones europeas. Mientras Alemania dedica al presupuesto de guerra el 26 por 100 de las rentas de la nacion, Francia el 30, y Rusia el 36 por 100, Austria se limita á gastar ménos del 20 por 100; y además, sabemos que, gracias á la indemnizacion pagada por Francia, Alemania ha aliviado su presupuesto de todos los gastos directos para fortificaciones, ferro-carriles militares y rearmamento.

El hecho positivo de la diferencia de los dos presupuestos militares demuestra hasta la evidencia que Austria no pretende luchar con la fuerza de las armas con su antigua rival; reconoce que en este momento es más débil; y cada año que pasa, teniendo una reserva tan inferior en número á la de Alemania y un presupuesto de guerra tan económico, se verá ménos dispuesta á luchar con armas iguales con su vecina. Los austriacos lo saben, y naturalmente se indignan. Los datos de que me acabo de servir los he tomado de un escritor austriaco. Pero lo que tan bien sienten y saben los austriacos, no puede ignorarse en Berlin; por consiguiente, no puede ser Austria quien excite las secretas inquietudes de la nacion alemana, á no ser que se considere que esta potencia haya de unirse á algun adversario más peligroso. Este adverrario no debe buscarse actualmente en Francia. La alianza entre Francia y Austria solas no asustaria en la actualidad á la gran potencia que ha batido sucesivamente á estos dos paises, áun cuando la oposicion natural de sentimientos é intereses que existe entre ellos les permitiese preparar en secreto una revancha comun, revancha que los alemanes prevendrian dando un gran golpe ántes de que cualquiera de ellos estuviese preparado.

Hasta ahora, solamente hemos ido allanando el camino. Hemos querido demostrar que solamente queda una potencia en Europa que pueda ser temible á Alemania; esta potencia es el formidable imperio moscovita, contra el que en vano luchó Napoleon I en el apogeo de su fuerza, no consiguiendo más que preparar su propia ruina. Sin duda es cosa fácil asegurar enérgicamente que Alemania es demasiado hábil para renovar los crímenes ó las faltas del gran conquistador; pero no es tan fácil desmentir la historia. Lo incontestable es que to-

dos los grandes motivos que producen la guerra—ambicion, desconfianza, aversion, celos, oposicion de intereses—son muy activos en ambos imperios. Los oficiales alemanes—clase más influyente en la actualidad en Alemania de lo que ninguna otra lo fué en ningun gran país desde muchos siglos á esta parte—dicen en alta voz que su primer deber de patriotismo es castigar el orgullo moscovita. Por su parte, todos los rusos pertenecientes á las clases superiores, exceptuando el partido decididamente aleman, repiten en todas partes que están convencidos de que, más ó ménos pronto, el nuevo imperio buscará querella al antiguo. El heredero del trono de todas las Rusias demuestra caluroso celo por despertar en sus futuros súbditos el sentimiento nacional, del que uno de los principales artículos de fe es el odio á los prusianos y á todas las instituciones que tiendan á *prusianizar* el país. La revolucion que ha producido en la guerra el vapor y el telégrafo ha despojado á Rusia, como atinadamente dijo en su lecho de muerte el viejo principe Paskievith, de la ventaja que le daba contra una invasion la vasta extension de su territorio, puesto que cada primavera y cada otoño trasformaba sus grandes caminos en lo que Napoleon, desesperando obtener la victoria por medio de marchas forzadas, llamaba *el quinto elemento del país*, el barro. Si Rusia permaneciese como se encuentra hoy, con un ejército permanente muy poco superior al de su vecina é inferior en todas las demas condiciones que aseguran la victoria, debería casi infaliblemente sucumbir ante el ataque de los alemanes. Pero Rusia no piensa permanecer en su estado actual. Desde el campesino al czar, el pueblo ruso entero está convencido de que es necesario hacer sacrificios y esfuerzos para devolver á la patria la superioridad militar que tenia bajo Alejandro I y Nicolás. Todos están dispuestos á no economizar nada para conseguirlo. Los planes de reorganizacion propuestos y aceptados en principio, son tan extensos y completos como puede desear el más ambicioso de los moscovitas. No se ha apresurado la ejecucion por la circunstancia de descansar el estado actual de las cosas sobre la incierta vida de un anciano, en quien las consideraciones de amistad personal y de interes material hacen callar, por el momento, el sentimiento nacional y los sueños de ambicion y supremacia. Conócense perfectamente en Berlin estos proyectos y el efecto que su realizacion podría tener en Alemania, y esto es lo que mantiene allí los espíritus en un estado de tension que reacciona á su vez sobre Europa y la hace temer, sin motivo bastante en apariencia, que se rompa la paz de una manera brusca y violenta.

Como los proyectos militares de Rusia no solamente son más vastos por su extension, sino tam-

bien más complicados por sus detalles que la organización de las potencias que se propone eclipsar, solamente daremos ligera idea de ellos. Pero no debe olvidarse que lo que solamente sabemos nosotros de una manera general, se estudia á fondo y es perfectamente conocido en Berlin, donde facilita estos estudios una larga práctica, y los activa en estas circunstancias el instinto de conservación. Debemos manifestar también que los detalles que conocemos proceden principalmente de origen austriaco; y en la parte de la ciencia militar que llaman *logística*, es decir, el estudio de los recursos militares de las naciones, la comision de guerra de Viena, que, bajo la direccion del baron de Kulen, ha adquirido alto grado de perfeccion, solamente cede á la que dirige el conde de Moltke.

El pié de paz nominal del ejército ruso se ha calculado hasta ahora en 800.000 hombres. Pero hace mucho tiempo que se sabe que si tratase de hacer una guerra ofensiva en Europa habría que rebajar mucho de esta cifra en cuanto á las tropas que hasta ahora han sido completamente sedentarias, tropas de guarniciones, batallones locales, contingentes mixtos que sirven en Asia, de los que podría servirse tan poco Rusia para atacar á Alemania, como podría utilizar Inglaterra su ejército de la frontera de Punjaub para hacer una expedicion á España. Los estadísticos más hábiles de Viena y de Berlin están de acuerdo para declarar que un ejército de 600.000 hombres de tropas regulares, sostenidos por un cuerpo de reserva irregular y disperso, es todo de lo que puede disponer el imperio ruso para entrar en campaña en una guerra europea. No se ignora que el contingente sorteado todos los años, aún ántes de la ley que obligaba á todos al servicio militar, daba considerable exceso de reclutas nominales; pero siempre se ha creído que este exceso no se adiestraba y que solamente quedaba inscrito para poder ser llamado en tiempo de guerra. Ni siquiera se obligaba á estos quintos á residir en sus propios distritos, pero en caso de guerra podían ser llamados cada uno al depósito más inmediato. Ahora bien, la esencia del gran cambio que acaba de hacerse en las leyes del imperio ruso consiste, no solamente en hacer extensiva á todas las clases del país la obligacion del servicio militar, sino en la gran reduccion del tiempo de servicio. El soldado ruso no pasa ya, como pasaba ántes, de siete á diez años en las filas; el máximo de su servicio son seis años; la mayor parte de la infantería solamente sirve cuatro años, y gran parte de soldados que se encuentran en determinadas condiciones sirven menos tiempo aún. Los cálculos publicados recientemente por un periódico militar ruso demuestran que, cuando la ley actual produzca todos sus efectos, el contingente anual llamado

á las armas será precisamente doble del de otro tiempo, y que el número de hombres instruidos militarmente que cada año pasará á la reserva y que podrian ser llamados en caso de guerra, será, por lo ménos, triple de lo que ha sido hasta aquí, aún en la época en que los cuadros se debilitaban todo lo posible por el licenciamiento anticipado de las clases por razones de economía.

Uno de los principales obstáculos que ha encontrado el estado mayor ruso, obstáculo que debía esperar, es la insuficiencia de los cuadros existentes: en efecto, es notorio que muchos oficiales no eran capaces de dar instruccion, y ha sido necesario encargar en gran parte este servicio á los batallones llamados *locales* ó de *guarnicion*, modificando su organizacion y funciones de un modo conveniente. Aumentanse en este momento los cuadros de oficiales, de manera que añadiéndoles, en caso de movilizacion, oficiales de reserva—éstos pueden ser comerciantes ó personas dedicadas á profesiones liberales—cada batallon puede subdividirse en el acto en cuatro, mientras que en tiempos de paz sirve de escuela de instruccion. En cuanto estalla la guerra, las funciones de las dos clases de que acabamos de hablar, son distintas. Los batallones locales, transformados en regimientos locales, quedan encargados de mantener el orden interior. Cada batallon de guarnicion, llamando los individuos de la reserva que le dan la fuerza de un regimiento de guerra de cuatro batallones, debe estar preparado á servir en segunda linea en el ejército activo, propiamente dicho, y representar, sobre poco más ó ménos, el mismo papel que con tanto éxito ha representado la *landwehr* alemana durante la guerra contra Francia. Cálculase que los 29 batallones de guarnicion que existen actualmente pueden dar por este medio cerca de 120, en pocas semanas, al ejército activo en marcha contra el enemigo.

Otra medida muy importante ha sido la transformacion y aumento de los cuadros regimentarios de la guardia y de la linea, que permite á cada regimiento dejar, al partir, un batallon de depósito, que debe mantenerse constantemente, por medio de la movilizacion, bajo el pié de 1.000 plazas: este batallon está especialmente destinado á cubrir las bajas de los regimientos en campaña. El ejército ruso consta de 199 regimientos; el nuevo plan ha organizado, en números redondos, 200 de estos batallones, que se añaden á las fuerzas activas de la nacion en tiempo de guerra. Pero en la guerra, estos batallones no deben, como los regimientos de guarnicion, entrar en campaña como unidades distintas, sino que deben suministrar sus fuerzas por destacamentos, segun las necesidades de los regimientos á que pertenezcan.

Pero estas dos creaciones nuevas no bastarian

por mucho tiempo á absorber el número siempre creciente de los mozos de la reserva; calcúlase que cuando la nueva ley haya estado en vigor quince años, habrá por lo ménos un excedente de 250.000 hombres que habrán servido durante un tiempo más ó ménos largo—en algunos casos especiales este tiempo de servicio podrá quedar reducido á tres meses,—para los cuales no habrá colocacion ni en el ejército activo, ni en las tropas locales, ni en los cuerpos de depósito. Ha sido, por lo tanto, necesario atender á la formacion de batallones de reserva independientes, destinados con especialidad á recibir este exceso; y calcúlase que estos batallones, con los otros cuerpos nuevos de que acabamos de hablar, pero sin comprender los regimientos locales, los cuales no se mueven ni aún en caso de guerra, proporcionarán al ejército regular un apoyo de medio millon de hombres en números redondos. Pero como la fuerza del ejército regular, segun el nuevo plan, se calcula en millon y medio, dedúcese que, cuando Rusia ponga en práctica su proyecto, podrá llamar á las armas, á la primera señal, un efectivo de dos millones de soldados instruidos, sin contar las guarniciones del interior, que, en caso de invasion, se añadirían á una *landsturm* verdaderamente formidable. Observaremos de paso que las cuatro clases más jóvenes de este cuerpo están sujetas á permanecer sobre las armas para el servicio interior en caso de guerra. En teoría el papel de la *landsturm* rusa debe ser un término medio del de la *landwehr* y la *landsturm* prusianas: comprende todos los hombres de las reservas que tengan de quince á veinte años de servicio, añadiendo los que no hayan sido instruidos, aunque declarados útiles para el servicio. Segun los cálculos estadísticos, créese que cada una de las cuatro clases sujetas á este servicio darian por término medio 300.000 hombres, y teniendo en cuenta las bajas por todos conceptos, 250.000; de manera que Rusia prepara otro millon de hombres que podrian ser llamados para la defensa del territorio nacional, y sostener de esta manera á los dos millones que se mandarian directamente contra el enemigo. En fin, la ley dispone que todos los hombres restantes de esta *opoltshein* sean, en caso de guerra, alistados y armados por pequeños cuerpos, de modo que causen el menor embarazo posible. Divídense las opiniones sobre el número de hombres que dará esta milicia al cabo del primer período de quince años, pero ningun cálculo excede de dos millones; de modo que las fuerzas armadas que tendrá entónces la Rusia formarán un total de cinco millones de hombres por lo ménos.

Ahora bien: sabido es que nada engaña tanto como los grandes totales en materia militar. Mr. Thiers ha asegurado que de un atento estudio de archivos

hecho por él mismo, resulta que, si los comandantes en jefe no llegan nunca á decir la verdad en la enumeracion de las fuerzas de que disponen, las oficinas de guerra, por su parte, nunca tienen exactamente en cuenta las bajas en el cálculo de las fuerzas que pueden poner en campaña. En Rusia deben ser muy considerables las bajas. La falta de buenos oficiales instructores, la carencia de medios administrativos honrados para dirigir una máquina tan enorme, la falta de fondos y de almacenes en el momento decisivo para equipar las reservas, sin hablar del millon y medio de soldados del ejército activo; todo esto tiende necesariamente á reducir el efectivo real. A pesar de esto, y aún teniéndolo en cuenta, no debe sorprender que la vecina de Rusia considere con inquietud el plan de reorganizacion de este imperio, y los que más firmemente creen en sus intenciones pacíficas, reconocen en la extension de este plan el decidido deseo de una nacion poderosa, de poner su fuerza militar sobre un pié respetable para no tener que alarmarse por los triunfos de esta vecina.

Puesto que tal es la resolucion de Rusia, resolucion claramente manifestada por sus actos y palabras, ¿tendrá razon Alemania, en vista de esto, para temer por su seguridad? Esta pregunta nos lleva al problema que nos hemos propuesto discutir, sin pretender resolverlo de un modo absoluto. Desde luego puede contestarse que si Rusia y Alemania se encontrasen solas frente á frente, esta no se inquietaria, ni tendria razon alguna para experimentar el temor que se le atribuye. Su organizacion es tan perfecta que, á la primera señal, su ejército de 400.000 hombres en pié de paz puede triplicarse, comprendiendo una segunda linea de medio millon de soldados tan perfectamente disciplinados como los 700.000 que marcharian delante de ellos. La moderna ley sobre la *landsturm* puede y debe proporcionarle 240 batallones nuevos, compuestos de hombres en todo el vigor de la edad, y que solamente son inferiores á la *landwehr* en las relaciones oficiales. Alemania se encuentra mejor equipada que nunca para la guerra. Su estado mayor es el más instruido que puede citarse en la historia, y si los oficiales que dirige no son tan instruidos como generalmente se cree, en el círculo de sus obligaciones son los mejores que potencia alguna ha poseido jamás desde que los romanos conquistaron el mundo. Si aún no tiene jefe conocido como capaz de reemplazar al veterano cuya edad le imposibilitará muy pronto para presentarse en los campos de batalla, el sistema que legará á su sucesor funciona con tal perfeccion, que podrá triunfar sin necesidad de poseer un genio excepcional.

Podria dejarse á Rusia completar á su placer su ambicioso plan de grandeza militar, y, una vez re-

constituido su ejército, si marchase para invadir el imperio vecino, encontraría seguramente una derrota tan completa y decisiva como la de Benedek ó de Bazaine. Sean los que quieran el valor y la tenacidad de los soldados rusos, la falta de inteligencia en los soldados y de habilidad en los oficiales que les hizo sucumbir en Inkermann ante un puñado de franceses é ingleses, les sería igualmente fatal si tuviesen que combatir la diestra táctica y hábil dirección que, en tiempo de paz como en guerra, forman parte de la educación del ejército alemán. El moscovita no tendría sobre el teuton más que una débil superioridad numérica, sin ser más fuerte ni más capaz de resistir las fatigas, y en cuanto á las demás condiciones de la victoria, todos estarían en contra del primero. Convencidos estamos de que, si se trabase esta lucha, veríamos á los alemanes dictar la paz en Moscú, como la dictaron en Viena y en París. Más aún: los que dirigen los asuntos militares en Alemania conocen perfectamente su superioridad actual, y saben que durante una generación, por más esfuerzos que haga Rusia no podrá contrarrestar esta superioridad. No es, por consiguiente, la perspectiva de una lucha con Rusia sola lo que produce en los hombres de Estado y en los estratégicos de Berlín esa actitud inquieta que vemos reflejarse en el espíritu de la nación, dispuesta siempre á apoyarles, y que de tiempo en tiempo amenaza convertir en teatro de nuevas campañas este campo armado que se llama Europa. El verdadero problema del porvenir militar de Alemania se encuentra en la eventualidad, peligrosa para ella, de tener que combatir en cada flanco un enemigo temible; es decir, en tener que resistir á la vez á Francia y á Rusia ligadas contra ella.

El nuevo imperio se prepara con calma para esta terrible prueba. Se necesita comprender muy poco las señales militares de nuestra época para suponer que la gran cadena de fortalezas á lo largo del Rin y del Mosella, á la que ha dedicado considerable parte de la indemnización de guerra francesa, esté destinada á facilitar otra invasión en Francia. Si se llamase de nuevo al ejército alemán para marchar sobre París, solamente pediría un campo de batalla donde poder desplegarse en libertad. En esta eventualidad, Colonia, Maguncia y Strasburgo serían sin duda útiles depósitos para el ejército invasor; pero estas plazas serían igualmente útiles estando abiertas que rodeadas de un cinturón de fortificaciones inexpugnables. Las fortalezas, como todos los trabajos defensivos, son para ayudar al débil y no al que incontestablemente es más fuerte. Así, pues, esta poderosa barrera no será realmente útil sino en el caso de que Alemania se viese obligada de improviso á defenderse de una invasión francesa. Pero no podría intentarse esta invasión con algunas

probabilidades de éxito; esta actitud defensiva no podría adoptarla Alemania más que en el caso en que las fuerzas de que dispone para herir estuviesen ocupadas en otra parte en rechazar un gran peligro. Este peligro sería un ataque de Rusia por la parte del Este, mientras que Francia cumpliera su tarea en el Rin; y á evitar un doble ataque de este género se dirige la política de Berlín. Más cómodo sería, más barato, y sobre todo mucho menos peligroso, concluir desde ahora con Francia y disminuir de tal manera su fuerza, que Rusia no pudiese ya considerarla como auxiliar poderoso. Pero el instinto del czar y de su pueblo—y añadiremos de Europa entera—han intervenido en seguida en el pasado mes de Mayo para impedir un acto que, á pesar de que su intención y verdadero objeto estaban ocultos, no se podía haber realizado más que por una injusticia y una violencia iguales, por lo ménos, á los actos más violentos de Napoleón I, llegado al apogeo de su grandeza. En el último momento, los que habían aconsejado aquel acto manifestaron retroceder en su ejecución.

La suerte de Europa se encontró en cuestión en aquel momento, como lo estuvo en otro tiempo cuando el ambicioso Corso meditaba la ruina de algunos vecinos debilitados ya. Afortunadamente para el mundo, el príncipe de Bismarck, aunque adula las pasiones de su país hasta el punto de usar el uniforme de mayor general de la milicia, no está jamás completamente tranquilo cuando se escucha con preferencia á los consejeros militares, y no es dudoso que alzó la voz en favor de la paz que el czar aconsejaba á Europa mantener. De esta manera se conjuró por el momento el peligro que amenazaba á Francia. Pero esta paz que se le deja, se alega sin duda como motivo poderoso para terminar una barrera contra la cual se revolvería en vano su ejército, mientras en otra parte tendría el campo abierto. Considerada bajo este punto de vista, como dirigida contra dos enemigos, de los que el uno debe ser combatido con operaciones activas, mientras se contiene el otro con fortalezas y la segunda línea de tropas que suministrará la *landsturm*, la política militar de Berlín, que cuida especialmente de la frontera occidental del imperio, dejando la oriental abierta, por decirlo así, desde Varsovia á Berlín; esta política, repito, es sencilla, explicable y justa. Si se tratase de Francia sola ó de Rusia sola, tanto cuidado, acompañado de tanta negligencia aparente, indicaría ciega é inhábil administración.

¿Se verificará en nuestros días la doble lucha para que se prepara Alemania? ¿Qué resultado tendrá? Preguntas son estas á las que no puede contestar de un modo positivo ningún hombre prudente. Predecir el porvenir en política es cosa notoriamente imposible; predecir el resultado de una guerra

entre dos rivales que no se han medido todavía, es cosa muy difícil. Todo lo que se puede asegurar es que, sin una reforma completa y un grande aumento, el ejército ruso será dispersado por los alemanes; en cuanto á los franceses, por bien reorganizados que se encuentren, si intentasen llegar á Berlin, y lo intentarían naturalmente, no podrían conseguirlo sin haber estado detenidos mucho tiempo ante las fortalezas de la frontera, ó pasando entre estas fortalezas. En este último caso, se expondrían á tales peligros, que se necesitaría el genio militar más grande para concebir y ejecutar el plan con alguna esperanza de éxito. Las fortificaciones que deben proteger la Alemania se terminarán y armarán; las reservas que deben guarnecerlas y cubrirlas estarán organizadas mucho antes de que sean realizables el plan de grandeza militar de Rusia y los sueños de revancha de Francia. Y entónces, cuando cada una de las tres potencias haya hecho todo lo que desea, parece que las probabilidades de éxito estarán aún en favor del imperio que ocupa una posición central y cuyos habitantes están unidos y hábilmente preparados para la lucha. Si nos viésemos obligados á desempeñar el papel de profetas, no vacilaríamos en decir que, vistas desde lejos, las probabilidades de éxito de Alemania parecen ser mayores que las de sus dos rivales, que no podrían contar con la unidad y prontitud de acción que seguramente les opondría.

Solamente nos queda que considerar una eventualidad importante. En todo esto, nada hemos dicho de Austria, ni de su espada, lenta, es verdad, pero temible. Es probable que en política y en la acción militar tomaría una actitud exactamente igual á la que tomó hace sesenta años, cuando la Francia, bajo Napoleon, reponiéndose un momento del desorden de Moscou, atacó á Prusia y á Rusia coaligadas. Reuniría otra vez su ejército, bastante poderoso para no ser despreciado—como lo hizo en 1813 y en 1853 en la guerra entre Rusia y los turcos—sobre el flanco de las potencias beligerantes, dispuesta á intervenir para inclinar la balanza del lado que le agradase. ¿Se sigue de aquí que se uniría á la liga formada con el deseo de humillar á la potencia que la humilló á su vez? ¿Se deduce que por indecisión se mantendría en una neutralidad sospechosa, pronta á terminar la ruina de Alemania á la primera noticia de un desastre ó de un contratiempo sufrido por sus legiones hasta entónces victoriosas? Por nuestra parte no lo creemos.

Afortunadamente para la paz del mundo, por grandes que sean el temor y la aversión que Alemania y su canciller hayan sabido inspirar, estos sentimientos no igualan aún al odio mortal de que en otro tiempo fué objeto el primer imperio. Rusia

no tiene razón ninguna para experimentar este sentimiento, y Austria no ha llegado seguramente á él todavía. Sería necesario que los alemanes renovasen las faltas de Napoleon I para suscitar contra ellos una nueva guerra de Independencia. Felices ellos, si evitando crímenes como el que han meditado hace pocos meses, toman por salvaguardia del nuevo imperio una política justa y moderada que les asegure aliados durante la paz y que quiten á la alianza que temen todos los pretextos razonables que pudiesen hacerla obtener la aprobación del mundo.

C. CHESNEY.

(*Macmillan Magazine*).

VICENTE BELLINI.

XI.

Cualquiera que fuese la suerte de *Beatrice di Tenda*, no podía influir en la fama creciente de Bellini, fama adquirida con rapidez y que se basaba sobre cuatro grandes y justificados éxitos: *Il Pirata*, *La Straniera*, *La Sonnambula* y *Norma*. A los treinta y dos años, y cuando tantos otros empiezan la carrera, la gloria del joven artista llegaba á su apogeo, gracias á sus repetidos triunfos en toda Europa. Italia estaba orgullosa, y Francia, que no debía tener celos de su vecina, puesto que poseía entónces cuatro grandes músicos que se llamaban Boieldieu, Hérold, Auber y Halevy, proyectaba acaparar en provecho suyo los frutos de un genio tan especial, tan joven y tan espontáneo.

Era objeto en aquel instante Bellini de instancias que debieron halagar mucho su amor propio. No sólo le ofrecían de Lóndres un contrato ventajosísimo para organizar y dirigir los estudios de dos de sus obras representadas en Italia, sino que la empresa del teatro italiano de Paris le pedía una ópera escrita expresamente para dicho teatro, y al mismo tiempo el director de la Grande Opera le escribía con igual objeto.

En una carta de Bellini á uno de sus amigos, fechada el 23 de Abril de 1833, se lee lo siguiente:

«...Os confío un secreto que no direis á nadie. El director de la Academia de Música, es decir de la Grande Ópera de Paris, me ha pedido y continúa pidiéndome con instancia que escriba una ópera francesa para dicho teatro, ofreciéndome, ade-

* Véanse los números 82, 83, 84 y 85; págs. 468, 505, 556 y 591.

más de los derechos de autor, una prima considerable. Me he reservado darle contestacion definitiva hasta dentro de uno ó dos meses, ó cuando pase por Paris á fines de Julio. Podeis creer que el escribir una ópera para el expresado teatro halaga mi amor propio...»

Cuando escribía esta carta, Bellini había aceptado las dobles proposiciones de los teatros italianos de Paris y Lóndres, y por ello dilataba su contestacion definitiva para cuando llegase á Paris de vuelta de Lóndres. Se había comprometido, mediante una suma de 12.000 francos, á dirigir en esta última ciudad los estudios de *La Sonnambula* y de *Norma* y á hacer ejecutar ambas óperas, que debían cantar la Pasta, la Meric-Lalande y Doncelli.

Unas seis semanas despues del estreno de *Beatrice* partió de Venecia para Milan, donde le llamaban algunos asuntos, y despues, en compañía de la Pasta, se dirigió á Lóndres, donde llegaron á fines de Mayo. Bellini fué en esta ciudad objeto de grandes ovaciones, y sus óperas tuvieron un éxito entusiasta. Agasajado por la alta aristocracia inglesa y por las familias más ilustres, que se lo disputaban, su permanencia en la capital de Inglaterra fué un triunfo perpetuo, cuyas dulzuras no le hicieron olvidar, sin embargo, los compromisos que había contraído y las obligaciones que le llamaban á Paris.

Pasó, pues, el estrecho y desembarcó en Francia en los primeros dias del año 34. No hay para qué decir cómo fué acogido en Paris; su gran reputacion le había precedido, y aquí, como en todas partes, la afabilidad de su carácter le convertía en amigos cuantas personas trataban con él. Sin embargo, las tristes ideas que le abrumaban en los últimos dias de su reciente permanencia en Catania le acometieron con más fuerza que anteriormente. Apénas puso el pié en territorio frances, empezó á atormentar su ánimo no sé qué vision interior y fatal. Aunque todo le salía bien, escribía á uno de sus amigos de Italia que «el porvenir no le sonreía como ántes.» Los parisienses le colmaban de caricias y atenciones, recibéndole con los brazos abiertos y disputándose los raros momentos en que abandonaba el trabajo para dedicarse á ellos. Sin embargo, exclamaba:—«¡Ah! mi querida Milan, jamás te olvidaré, y si nunca hubiera podido abandonarte, aún sería feliz.»

Nuestros dos grandes teatros le apremiaban, cada cual por su parte, á fin de que cumpliera sus promesas de trabajar para ellos. Bellini correspondía á sus deseos, satisfaciéndole, al parecer, una solitud tan halagüena, pero como si entreviese sus próximos triunfos y el complemento de una gloria ya tan completa al traves de negro y fúnebre velo.

Preciso es creer que tenía vago presentimiento del porvenir, y debemos ver en estas extrañas

preocupaciones, en estas quejas sin motivo aparente, la expresion anticipada del dolor que debió sentir al verse morir léjos de su querida patria, de una familia á quien adoraba y de quien era tiernamente amado. ¿La terrible enfermedad que le atacó algunos años ántes había dejado en él un gérmen fatal, ó debían atribuirse estas negras ideas á un temperamento ultra-nervioso? ¿*Chi lo sa?* Lo cierto es que durante toda su estancia en Paris, y áun ántes de su última enfermedad, tuvo Bellini sufrimientos morales muy intensos, que distraian á veces el trabajo y las amistades que había contraído. Se relacionó desde luego con Cherubini y Rossini, especialmente con el último, que conocía de ántes, y que, teniendo pocos años más que él, era su compañero y natural confidente. Además, Bellini consideraba al autor de *Guillermo Tell* como á un Dios, hablando siempre de él con grande admiracion, tan verdadera como lo demuestran los siguientes hechos:

Una noche del mes de Enero de 1825, estando aún estudiando en el Conservatorio de Nápoles, volvía Bellini con algunos de sus condiscípulos de una representacion de *Semiramide*, en San Carlos. La conversacion versaba sobre las bellezas de esta magnífica ópera, expresándose los alumnos con un calor, una energia y un sentimiento desconocidos. No todos, sin embargo, experimentaban las mismas sensaciones: unos admiraban el gran coro ó la cavatina de *Semiramide*, mientras que otros preferían el final *Mesto gemito*, ó la escena de la aparicion de Nino; otros elevaban á las nubes el duo de Assur y de la reina de Babilonia; otros admiraban especialmente el delicioso trio *Usato ardir*. Sólo uno de aquellos futuros artistas permanecía absorto y silencioso: era Bellini. Al llegar á la *piazza del Mercatello*, precisamente delante de la puerta Alba, dijo:—«No comprendo, amigos míos, cómo tenemos valor para estudiar música y aspirar á ser compositores despues de haber oido ese sublime y milagroso producto del espíritu humano, ese prodigio del arte, esa maravilla que se llama la *Semiramide*, de Rossini (1).»

En otra ocasion, cuando se estrenó la *Norma* en la Scala, Bellini salió de Milan para ir á Nápoles á visitar á Zingarelli y darle cuenta del éxito definitivo de su obra. Durante la noche, y al pasar por Foligno el carruaje en que iba, entró un nuevo viajero, saludándole cortesmente y sentándose junto á él. Este viajero era una persona distinguida, el abogado Fabio Cavaletti. Trabada conversacion, cada

(1) ¡Singular coincidencia! Precisamente en el sitio en que Bellini se detuvo para dirigir la palabra á sus compañeros, en aquella misma *piazza del Mercatello* se construía treinta y nueve años despues un teatro de primer orden, dedicado al autor de *Sonnambula*, cuya estatua está en la fachada, y en el cual se canta, como en San Carlos, el gran repertorio de la ópera italiana.

cual dijo su nombre. Al decir Bellini el suyo y al expresar su compañero el placer que sentía en que la casualidad le favoreciese para conocer al joven compositor, empezaron, como era natural, á hablar de música y de los músicos, y principalmente de Rossini. Entusiasmado Bellini, manifestó á su interlocutor que el genio de Rossini era tan admirable y tan completo, que desesperaría á cuantos intentarían llegar á su altura. «En el género bufo, añadía, no conozco nada superior á *La Italiana in Algeri*, y en el serio, creo que *Semiramide* es su obra maestra; tanto es así, que no pude dormir la noche que por primera vez la oí.» Habló después de la obra pieza por pieza, añadiendo á manera de conclusion: «Hay en esta obra tal abundancia de bellezas, que incapaz el auditorio de apreciarlas todas, deja pasar inadvertidas cosas maravillosas.

En otra ocasion, estando en Venecia pocos dias despues del estreno de *I Capuleti ed i Montechi*, encontrábase Bellini de tertulia en casa de un amigo. Rogáronle que tocara en el piano una obra cualquiera, creyéndose que escogería un fragmento de alguna de sus óperas. No lo hizo así, y, aprovechando la presencia de un pianista famoso, Antonio Fanna, tocó con él la sinfonía de *Guillermo Tell*.

Esta era una prueba de buen gusto y de modestia, y al mismo tiempo de la admiracion que profesaba á Rossini y á su obra maestra, admiracion sincera y entusiasta, que vemos confirmada en el siguiente párrafo de una carta que despues escribió á un amigo suyo:

«Acabo de oír por trigésima vez el divino *Guillermo Tell*, y cada dia me persuado más de que nosotros los compositores del dia somos unos insectos comparados con el maestro de los maestros. Para mí, *Guillermo Tell* vale la *Divina Comedia*, del Dante, y no comprendo cómo cada cual no la estudia como modelo. En mis estudios cotidianos jamás me separo de mi *Guillermo Tell*, verdadero prodigio del arte.»

Compréndese que con tales sentimientos respecto á Rossini, le buscasse Bellini desde su llegada á Paris. Ambos se veían con frecuencia, paseaban del brazo, y tenían largas conversaciones respecto al arte.

Por la mediacion de Rossini firmó Bellini el contrato que le llamaba á Paris, comprometiéndose á escribir una ópera nueva para el teatro italiano. Amigo íntimo de uno de los dos directores de este teatro, Severini, que le debía su posicion y su fortuna, á la vuelta de su viaje á Bolonia había aceptado el alojamiento que éste le ofreció en los sotabancos del teatro Favart, donde se encuentra hoy la Ópera cómica, y que servía entónces para la explotacion de la ópera italiana. Libre de toda preocupacion artística personal, puesto que había re-

nunciado á trabajar en adelante para la escena, tomaba una parte tan activa como desinteresada en la empresa del teatro, escogiendo las obras dignas de ser cantadas, haciendo venir de Italia los artistas necesarios, dirigiendo los estudios y ocupándose hasta de los detalles más pequeños para poner las obras en escena. Él fué quien llamó á Rubini á Paris, y quien, cuando la partida de la Pasta, partida muy perjudicial á los intereses de la empresa, dirigió la vista á Julia Grissi y dijo á Severini: «Hay una mujer que he oído cantar en Italia, y que hasta ahora se encuentra relegada á los papeles de *seconde donne*, pero que es sumamente bella, posee una voz admirable y está dotada de rara inteligencia: haciéndola trabajar é imponiéndola al público, llegará á ser una artista extraordinaria.» Él fué tambien quien pensó en Bellini y concibió la idea de que compusiera una ópera nueva expresamente escrita para Paris, empezó y siguió las negociaciones con este objeto y logró que se pusieran de acuerdo ambas partes interesadas. Concíbese, pues, que el sentimiento que inspiraba á Bellini fuese una mezcla de admiracion, afecto y reconocimiento, y que la amistad que unía á ambos artistas debía ser profunda é inalterable.

Esta amistad y algunas otras no impedian que Bellini continuara su trabajo, cuyos detalles le preocupaban grandemente. En primer lugar, y á causa de su reciente cuestion con Romani por la *Beatrice di Tenda*, se vió obligado á dirigirse á otro libretista, escogiendo al conde Pépoli, que tomó el argumento de una comedia de Ancelot, *Cavaliers et Tetes rondes*, estrenada hacía poco tiempo y sacada de una novela muy conocida de Walter Scott, *Los Puritanos*. Esto le había contrariado mucho, no sólo porque la sensibilidad de su carácter le recordaba sin cesar la ruptura con su amigo, aumentando á sus ojos las consecuencias, sino porque tenía que modificar profundamente sus hábitos de trabajo; y acostumbrado al estilo y á las formas poéticas de Romani, que se plegaba á todas sus exigencias y á todos sus deseos, tenía que acomodarse al género de su nuevo colaborador, que no conocía ni sus necesidades ni sus gustos. La importancia que para Bellini tenían estos detalles, se comprenderá por el siguiente párrafo de una carta que escribió á un amigo suyo de Italia:

«...Conozco que si tuviera que escribir para Italia, no podría hacerlo sin Romani. Los demas son frios, insípidos, les falta vigor y pasion. Debo sacrificar mi amor propio al arte, y por ello pondré de mi parte cuanto sea necesario para reanudar nuestra amistad...» y, en efecto, así sucedió poco tiempo despues, segun veremos.

Bellini sabía, además, que Donizetti había firmado un contrato con la empresa del teatro Italiano, y

que, en virtud de él, estaba escribiendo una ópera que debía representarse casi inmediatamente después que la suya (esta ópera es *Marino Faliero*); y la idea de entrar en cierto modo en lucha con éste, y de verse obligado á una comparacion que, segun las circunstancias, pudiera serle desventajosa, no dejaba de alarmarle algun tanto.

Púsose, pues, á trabajar con resolucion, electrizado y estimulado por la esperanza tan acariciada de tener un éxito en Paris. Para estar más tranquilo y ponerse al abrigo de los importunos y de los desocupados, se refugió en Puteaux en casa de una familia amiga que le había ofrecido cordial hospitalidad. En las verdes orillas del Sena, y en un edificio rodeado de flores, ápartado de todo ruido y de toda preocupacion, empezó á componer su nueva ópera.

El trabajo no preocupaba tan por completo su ánimo que dejase de tener tiempo para pensar en su porvenir. Sus negros pensamientos se disipaban, al ménos momentáneamente, y el retiro encantador que había escogido influía provechosamente en su estado moral. Así lo demuestra el siguiente párrafo de una carta que escribió desde Puteaux el 14 de Junio de 1834 á su amigo Ricordi, el célebre editor de música de Milan, carta que demuestra la completa tranquilidad de espíritu de su autor.

Empezaba por recordar á Ricordi que enviase á Paris un encargado con poderes bastantes para tratar con él de la propiedad de la obra que estaba escribiendo, y después decía:

«... Permitidme hacer os una proposicion: ¿Queréis obligaros á comprar la propiedad de la edicion de las obras que pueda escribir en el curso de 1835 á 1838, propiedad limitada sólo á los Estados austriacos? Además podreis dar la partitura al teatro que querais, pero será de vuestra propiedad y de la mía, y ambos la daremos á quien la pida. De este modo aprovecharéis los teatros cuyas empresas se dirijan á vos, y yo los de las que á mí lo hagan; pero por delicadeza os advierto que no usaré de esta facultad hasta que la hayais mandado á cinco ó seis teatros de Italia. Os dejaré seguramente todos los teatros de Milan, y podreis, si no me piden la partitura, venderla en Lisboa, en España, en Lóndres y en los muchos pequeños teatros con quienes estais en correspondencia. Ahora bien; por todas estas ventajas, ¿quereis darme 4.000 francos? Esto es lo único no obligatorio ni para vos ni para mí. Respondedme sólo si os conviene. Lo deseo, con objeto de impedir para siempre todas las infamias de instrumentar mis partituras (1).

(1) Se ve que Bellini estimaba su instrumentacion, y no debe sorprender. Por pobre que fuese, y acaso no la juzgaba él así, seguramente debía valer más que la escrita por un músico de quinto ó sexto orden, ignorante de las intenciones del compositor.

»Quisiera obligar á los principales teatros á que tomaran la partitura de mí ó de vos, en cuyo caso sería inútil á los piratas su trabajo, porque no lo podrían vender en Bergamo, Bolonia ó Ancona. Estos teatros, como tantos otros de igual categoría, acudirían á vos, porque ni de nombre conozco á sus directores. Respondedme cuando hayais hecho los cálculos, y recordad que, relativamente al precio, Bellini no hace la demanda á Ricordi. Pensad si os conviene ó nó y escribidmelo terminantemente.

»M. D... V... (1) me ha mandado decir por la señora T... (2) que tenía la intencion de celebrar conmigo un contrato si yo quería. Se lo dijo en el escenario de la Scala una noche que iba á visitar á la Malibran que acababa de cantar *La Norma*. He tomado esto por una galantería y no he contestado á la señora T... ni sí, ni nó; pero en mi respuesta se advierte el buen recuerdo que guardo de Milan, ciudad á quien debo mi fortuna y donde he escrito las cuatro óperas que más aprecio. ¿Qué puedo añadir? Amo á Milan como la cosa más cara que pueda poseer; pero me han dicho que el público conoce las cuestiones que separan á la señora T... y á mí, y que está irritado en contra mía. Os juro que este absurdo me hace reir. ¿Cómo es posible que ciertas personas quieran tener la satisfaccion de saber todos los motivos de unas relaciones rotas, y otras se empeñen en figurarse hechos que no tienen ninguna probabilidad? Por esta circunstancia dudo si me conviene ir á Milan para escribir por ahora. Estoy en tratos, como sabeis, con Nápoles, de donde me han hecho proposiciones, á las que no puedo responder sin saber ántes las ventajas que me proporcionará la propiedad entera que me ofrecen. Creo que voy á combinar varias obras con D..., y si lo hallo conveniente para mí, continuaré gustoso el contrato con él; pero es preciso persuadirle de que no piense en algunos millares de francos más ó ménos, porque merece reflexion y recompensa escribir tres ó cuatro óperas en un año, mientras otros sólo escriben una en dos ó tres años. Además, cuando he tenido tiempo, ¿no he hecho todos los esfuerzos posibles para que mis obras tuvieran éxito? ¿No he encontrado acaso la recompensa en la buena acogida del público? La *Norma*, cuyo principio fué tan desgraciado, ¿no la han llamado los periódicos alemanes la más bella y profunda de mis óperas?

»No puedo ver con indiferencia las quejas de los empresarios por los precios que pido. ¿No podría

(1) El duque Visconti di Modrone, director entónces del teatro de la Scala, donde había llevado á la Malibran dándole 2.000 francos por representacion, sueldo inaudito entónces y del que el duque no se arrepentía.

(2) Hábil cantora, esposa de un músico distinguido, y cuyo nombre debemos callar.

escribir cuatro óperas en un año? Seguramente; pero arruinaría mi reputacion y tendría el remordimiento de engañar á quien me paga. ¿No he escrito la *Sonnambula* desde el 11 de Enero al 6 de Marzo? Pero esto fué casual, y tenía ya algunas reminiscencias de mi *Hernani* (1), que habia sido prohibida; pero la *Beatrice* y *Zaira* llevarán siempre el sello de haber sido concebidas en pocos dias y pocas noches. Examínese, pues, la verdad y los grados de probabilidad del éxito, pero sin espíritu parcial, y se encontrará que no me equivoco si á fin de año quiero haber ganado tanto como mis colegas, escribiendo ellos cuatro óperas y yo una (2). Si M. D... os habla, podeis manifestarle mi deseo de que la cosa se haga para muchas obras, como para Nápoles. Así se pueden allanar todas las dificultades.

»Adios, mi querido Ricordi; respondedme determinadamente sobre todo. Un abrazo de vuestro afectísimo

BELLINI.»

Los proyectos y preocupaciones del porvenir que dictaron esta carta de Bellini no entorpecian sus trabajos. La partitura de *Los Puritanos* adelantaba rápidamente, y ya podia preverse la época de su aparición. Cuanto más se acercaba este momento, mayor era el aliento del compositor. Para intérpretes de sus obras contaba con la reunion de incomparables artistas que durante muchos años atrajeron el público filarmónico al teatro Italiano. El admirable y célebre cuarteto lo formaban Julia Grissi, Rubini, Lablache y Tamburini. Sabía Bellini que éste era un poderoso elemento de buen éxito, y todos sus esfuerzos se encaminaban á hacer la obra digna de sus intérpretes. Sabía tambien que el público parisien era, en cierto concepto, más difícil que de ordinario lo son los públicos italianos, quienes más de una vez acogen favorablemente óperas medianas en su conjunto, pero que contienen dos ó tres piezas buenas, bastantes para asegurar su éxito. Por ello cuidaba el conjunto general de su ópera mucho más de lo que lo habia hecho en las anteriores, aconsejándose de Rossini, y haciéndole oír cada pieza á medida que la concluía.

Terminó la obra en los últimos dias de 1834, é inmediatamente la pusieron en estudio, con objeto de que pudiera estrenarse á fines de Enero de 1835.

(1) Este es el único indicio que encontramos de dicha ópera. ¿La escribió por completo? ¿Hizo sólo el boceto? Difícil es saberlo.

(2) Hay en todo esto una contradicción evidente que proviene, según las apariencias, de un error de traducción, y que permite creer que Bellini queria componer una ópera por año, y tambien varias. Por desgracia, no hemos podido tener el texto italiano de esta carta, que tomamos de una traducción publicada por un periódico frances.

XII.

El estudio de *I Puritani di Scozia*, que así se llamaba la ópera cuando se hizo, lo dirigió Bellini, ayudado por Rossini con gran solicitud y cuidado. Los cuatro artistas incomparables de que hemos hablado y que desde há largo tiempo ejercian grande influencia en el público, hacian sobrehumanos esfuerzos para rayar á grande altura. La orquesta, que ensayó la ópera más que de costumbre, la tocaba maravillosamente, y la nueva obra, objeto de la general atencion, pudo, en fin, anunciarse para el 25 de Enero (1835). Todas las localidades estaban tomadas desde muchos dias ántes, y al llegar el del estreno, no era posible conseguir una por ningun precio. Desde muy temprano, la sala estaba completamente llena de cuantas personas distinguidas é ilustres en todos los ramos de la actividad humana, política, ciencias, literatura, bellas artes, habia en Paris.

El autor y la ópera obtuvieron un éxito inmenso, inaudito, de que pueda formarse idea leyendo el final del artículo que publicó Castil-Blaze en el *Journal des Debats* y que decia así:

«.....Este final (el del duo último del segundo acto) está cantado al unísono por Tamburini y Lablache. Ya habia entusiasmado al oír la melodía, cantada alternativamente por cada uno de estos dos admirables artistas; pero al sentir el efecto de las dos poderosas voces al unísono, el entusiasmo no tuvo límites. Pidióse la repetición, y fué cantado por segunda vez con mayor energía. Entónces bajó el telon ante unánimes aplausos. Conmovido y agitado el público en las butacas y en los palcos, se pidió unánimemente la presentación del compositor. Levantóse el telon, y Lablache y Tamburini sacaron casi arrastrando á Bellini á la escena. Nunca hemos visto al auditorio del teatro Italiano tan excitado. El jóven compositor fué acogido con bravos y aplausos y saludado con los pañuelos desde todas las localidades del teatro.

El tercero y último acto de la ópera tiene un carácter melancólico, tierno y amoroso que la música reproduce fielmente. Arturo, proscrito, errante, es atraído por la fuerza de su amor cerca de la habitación de Elvira. Una frase de la romanza que ella canta da á conocer á Arturo que está cerca de su amada. *Esta romanza del desterrado* la continúa Rubini, que, si fuera posible, nos aficionaría á las romanzas. En tal momento, dicha forma de canto es aceptable, y Rubini la ha dicho de un modo admirable. Sin embargo, en el final de la ópera es donde el compositor ha proporcionado á este gran artista las mejores ocasiones de demostrar su talento. Cuando, reconocido por los habitantes, ve á Elvira loca por su culpa y la muerte suspendida sobre su

cabeza, Rubini manifiesta cuanto hay de patético en sus acentos. La agitacion causada por el último duo del segundo acto ha podido apartar la atencion de los oyentes de este bello final; pero le recomendamos con especialidad á los aficionados á la buena música y á los que siguen con interes los progresos del talento de Bellini. Reconocerán el arte con que este jóven compositor ha traído á la unidad musical todas las distintas partes producidas por la complicacion de esta escena del drama, y apreciarán el cuidado y la manera, á la vez grandiosa y agradable, con que se enlaza la orquesta al canto haciéndolo resaltar; reconocerán, por fin, la verdad de lo que hemos anunciado al principio: que el talento de Bellini ha crecido considerablemente. Terminada la representacion, han sido llamados de nuevo á la escena el compositor y los cantores.

La señorita Grissi, Rubini, Tamburini y Lablache han sacado por segunda vez á Bellini al escenario.»

La ejecucion fué admirable, el elogio unánime, el éxito, como acabo de decirlo, inmenso y justificado en gran parte por el mérito de la obra. No sólo se encuentran en *Los Puritanos* las exquisitas melodías que Bellini sabía hacer, una declamacion neta, justa y perfectamente apropiada, sino que, respecto al conjunto de la obra, sus progresos son evidentes, considerables, inesperados. Gracias al trabajo de observacion á que se había dedicado desde que residía en Francia, sus piezas, más sólidamente construidas, denotaban una modificacion real y acertada de su estilo, y las armonías eran más francas, más sonoras, ménos vulgares, sustituyendo á la antigua pobreza de su orquesta efectos buscados y á veces encontrados. La instrumentacion es más nutrida y con un carácter que hasta entónces no había sabido darle el cantor siciliano.

Amigos y enemigos, es decir, partidarios y detractores, porque Bellini no conoció jamás un enemigo, se admiraron de la variacion profunda que el compositor había hecho en su estilo, y que demostraba que su genio había entrado en una fase completamente nueva, cuya futura importancia no podía apreciarse.

Donizetti, el excelente Donizetti, que se encontraba entónces en París para dirigir los estudios de su *Marino Faliero*, que debía cantarse inmediatamente despues que *Los Puritanos*, hizo tambien constar el éxito de la última ópera de Bellini en una carta que á mediados de Febrero escribió á Romani, y que estaba inédita hasta ahora, y en la cual decía lo siguiente:

«Llego tarde; pero más vale tarde que nunca. El éxito de Bellini ha sido grandísimo, á pesar de que el *libretto* es mediano. Continúa, á pesar de que estamos en la quinta representacion, y continuará hasta el fin de la temporada. Te hablo así porque

sé que habeis hecho las paces. Hoy empiezan los ensayos de mi ópera, y espero que se estrene á fin de mes. No merezco el éxito de *Los Puritanos*, pero deseo no desagradar...»

Todas las dichas y todos los honores acudian á Bellini. Cuando supo Romani el feliz éxito de su tentativa en París, le escribió una carta encantadora, que alegró mucho á Bellini, porque cimentaba de nuevo la amistad que los había unido durante tantos años y que rompió un capricho del poeta.

Además, Bellini recibió una noche en el escenario del teatro Italiano la noticia de su nombramiento de caballero de la Legion de Honor, al mismo tiempo que el rey de Nápoles le enviaba por su parte el diploma de una condecoracion.

Excitado por el triunfo de *Los Puritanos*, el director de la Opera le apremiaba para que pensase en la obra que le había prometido, y le escribían de Nápoles carta tras carta suplicándole que escribiese una y aún dos óperas nuevas para San Carlos.

«He aceptado, escribia á un amigo, el contrato para Nápoles, salvo algun detalle, y durante el mes de Enero próximo ó en la primavera iré á Milan y me pondré de acuerdo con el duque para ver si podemos ajustar algun contrato. Será quizá algo difícil, porque el duque no querrá pagarme como Nápoles, que me da 45.000 *liras* austriacas, ó sean 9.000 ducados netos por la propiedad de dos óperas nuevas compuestas en el curso del año próximo. Para Italia, este contrato es soberbio y lo tengo ya en mi mano firmado por la sociedad.»

Estos diversos acontecimientos tenían á Bellini verdaderamente exaltado de alegría, siendo tan feliz como puede serlo hombre alguno en el mundo y gozando de su dicha con una voluptuosidad que se advertía en las cartas escritas á sus amigos y en una alegría natural á que no estaba acostumbrado.

Ejemplo de ello es la contestacion que envió á uno de ellos, Doca, entónces en Lóndres, que le había dado cuenta de la primera representacion de *Los Puritanos*, estrenada en la capital de Inglaterra casi al mismo tiempo que en París.

«Te agradezco infinito, decía, el interés que te tomas por tu compatriota. He leído con gran placer los detalles que me das acerca de mis *Puritanos*, entre los cuáles está el de que los coros lo hicieron bastante mal. ¿No los han ensayado bastante para que puedan aprender su parte? Si no tienes ya los periódicos, no me los envíes. Los hubiera deseado antes; pero ahora que se han dado ya las primeras representaciones me son inútiles, porque todos los he leído en París. Quería algunos ejemplares para enviarlos á Catania; pero si los has adquirido, dálos á Pépoli y que pague el porte de mi cuenta. Abraza

de mi parte á Costa (1) y dale las gracias por el trabajo que se ha tomado ensayando mi ópera. Me dices que se va á cantar *Norma*. ¡¡¡Misericordia!!!—¿Qué haces? Siempre la misma vida. ¿Te esperarán aún este año en tu casa? Mis afectos al querido Pépoli. El gran Gabussi crece todavía *di lunga é chiatla* (2). Dame noticias de todo el mundo y hazme reir. Dime también si Costa está enamorado; en fin, ponme al corriente de todo y de todos, como también de la chismografía del teatro. Adios, mi querido amigo.»

Esta felicidad debía durar poco. Mientras Bellini hacía tan bellos proyectos para el porvenir, la implacable muerte se aprestaba á coger su presa palpitante. Para la delicada complexion del artista era necesario un régimen de vida más severo, y, desgraciadamente, Bellini, loco por tantas alegrías sucesivas, fatigado además por el estudio y el trabajo á que se había entregado desde su llegada á Francia, no escaseaba los placeres de todas clases que le ofrecía París, y que más que otro alguno debía haber usado con la mayor moderación.

Después de una breve residencia en París para atender á los estudios de su ópera, agobiado por el cansancio, se retiró de nuevo á Puteaux con la excelente familia que le había acogido con tanta cordialidad. El aire puro y saludable que se respira en aquel bello país, bañado por el Sena, pareció al pronto muy propicio á su salud delicada, pero que todavía no presentaba ningún síntoma alarmante. A principios de Setiembre se presentaron los primeros síntomas de la terrible enfermedad intestinal que ya había estado á punto de acabar con su vida en Milan, algunos años ántes, cuando volvía de estrenar en Venecia su *I Capuletti ed i Montechi*.

Llamados los médicos, reconocieron inmediatamente la gravedad de la dolencia y le impusieron un régimen riguroso, obligándole á absoluto reposo, á no salir de su habitación y á no recibir en ella más de cuatro ó cinco amigos, personalmente designados, teniendo que contestar á las muchísimas personas que iban á verle que se había alejado de París por tiempo indeterminado. La severidad de la consigna era tal, que algunos de los amigos más íntimos no pudieron obtener el favor de verle. Mercadante mismo, que acababa de llegar á París, se presentó inútilmente cuatro veces en su casa. Carafa sólo pudo conseguir entrar en ella apelando á un subterfugio y haciéndose pasar por un médico llamado por el mismo enfermo. Rossini estaba entón-

ces viajando; pero devorado por la inquietud y atormentado por la confusión de las noticias que le daban, se apresuró á volver á París para saber exactamente el estado de Bellini.

Desgraciadamente, todos los cuidados fueron ineficaces para que el ilustre enfermo recobrarla la salud, y á pesar de las precauciones que se tomaban para atenuar á sus ojos la gravedad de la dolencia, los terribles dolores que sufría y su creciente debilidad no le dejaron duda del término de la enfermedad. Un día que estaba rodeado de algunos amigos cuya visita le permitían, y que éstos procuraban hacerle olvidar sus sombríos presentimientos, les interrumpió de pronto, exclamando:

—«¿No es cosa horrible pensar que después de la muerte, el hombre más amado sólo deja un solo rastro, casi siempre efímero y á veces completamente olvidado? Aquí me teneis, por ejemplo, rodeado de amigos sinceros y afectuosos; si yo abandonara este mundo, continuarían alegres como ántes, no pensarían ya en mí, y acaso algún día escucharían mi música sin decir siquiera: ¡Pobre Bellini!»

La enfermedad se agravó con terrible rapidez, y Bellini se vió acometido de un delirio que le dejaba ciertos instantes de reposo. En los largos y frecuentes ataques de esta locura intermitente, como última señal de profundo y cariñoso afecto, llamaba constantemente á su madre y la rogaba que escribiera á Nápoles á su querido amigo Florimo, para que fuera inmediatamente á verle ántes que le arrebatase la muerte. Este consuelo no debía tenerlo, y el 23 de Setiembre de 1835 partió Bellini para mundo mejor, á los treinta y tres años, diez meses y veintidos días.

Cruel era las pérdidas que sufrió el arte por entónces, y los duelos se acumulaban sin cesar. El 8 de Octubre de 1834, Boieldieu, nuestro querido Boieldieu había exhalado el último suspiro, y un año, día por día, después de la muerte de Bellini, la Malibran, su cariñosa amiga y sublime intérprete de sus obras, le seguía á la tumba, contando apenas veintiocho años de edad y, como Bellini, en el mayor brillo de su gloria y de su incomparable talento.

ARTURO POUGIN.

(Concluirá.)

(1) El célebre director de orquesta de *Her Majesty's Theatre* y después de *Covent-Garden* en Londres.

(2) Locución del dialecto siciliano, que significa á lo largo y á lo ancho, es decir, que el gran Gabussi (compositor distinguido) crecía y engordaba.

EL MOVIMIENTO INTELECTUAL EN ALEMANIA.

APUNTES CRÍTICOS SOBRE EL LIBRO DEL SEÑOR PEROJO.

Agrádame sobre manera evocar en la memoria, por medio de los documentos, de las narraciones y de los testimonios de todo género que tenemos á nuestra disposición, los inolvidables días en que la ciencia alemana pasaba el Rhin y dábase á conocer en Francia, y desde esta nacionalidad ilustre, merced á su genio y misión eminentemente propagadores, á todos los pueblos que convierten seriamente su atención á los adelantos del humano espíritu.

La filosofía sensualista, el materialismo hueco y declamatorio que tanto abusó de la solemnidad y el aparato de la oratoria académica; las negaciones audacisimas que se servían con tanta facilidad de implacables sarcasmos como de elocuentes apóstrofes, y que así acudían á las repugnancias más vulgares y oscuras de la *opinion* como á las pruebas sacadas de la historia y al progreso de las ciencias; el espiritualismo vago, sentimental, un tanto enfermizo, como que reflejaba la exaltación y el apasionamiento del ilustre y desgraciado Rousseau; todas esas cosas grandes y pequeñas, gloriosas y de triste recordación, que, conmoviendo, agitando, instruyendo y apasionando al siglo XVIII, acabaron por juntarse con causas de distinto orden y por traer con ellas el hecho culminante de los tiempos modernos, la inmortal revolución de 1789, habían quedado eclipsadas por el brillo de los sucesos y sepultadas no pocas por montones de escombros que se levantaban al uno y al otro lado del camino, cuando llegaba á la áspera jornada de la vida una generación inteligente y sensible, rudamente preparada para las nuevas luchas por los crueles desengaños y las memorables catástrofes de la historia novísima. La nueva generación había visto también esas catástrofes, había experimentado una extraña emoción al ver tantos hombres desengañados que se volvían por donde habían venido, había sentido el ardiente soplo de las pasiones cuyo choque produjo tantas peripecias trágicas, y al encontrarse con una ansiedad y una tristeza que no debían abandonarla, buscó en el fondo del alma, como refugio y salvación postreros, su fe, sus creencias, sus doctrinas, y advirtió que no las tenía ó que carecían de profundidad y de fuerza.

Entonces volvieron muchos, con los libros de Chateaubriand, de Bonald y de Maistre en las manos, al antiguo templo, y lloraron estas desgracias y angustias al pié de los altares que habían recibido las piadosas ofrendas de sus madres, al paso que otros meditaban ardientemente para crearse un ideal, y que espíritus enfermos caían estenuados, en no escaso

número, bajo el peso de la duda y el escepticismo. Esta generación de filósofos, de oradores y de poetas vió llegar con emoción profundísima los sistemas que había construido pacientemente el genio especulativo de Alemania.

Una mujer ilustre, un filósofo ecléctico y un célebre jurisconsulto, madame de Staël, Cousin y Lermnier, figuran en primera línea entre los que pusieron al espíritu latino en fecunda comunicación con el espíritu germánico. Numerosos traductores y expositores siguiéronles en el trabajo de arrancar á los alemanes el secreto de su literatura y de su ciencia. En todas partes se estudió y se comentó el movimiento intelectual de esa raza meditativa y valerosa que proseguía su marcha sin curarse de obstáculos, y se adelantaba incesantemente al cumplimiento de sus altos destinos. La forma no era siempre muy clara, y parecían inextricables las fórmulas en muchas ocasiones. Hubo quien retrocedió ante tales dificultades, los más si bien se mira. Otros entendieron muy mal lo que leían, desfiguraron los sistemas y extraviaron la opinión. Pero en todos los pueblos cultos se encontraron también hombres reflexivos y estudiosos que vieron en esos magníficos sistemas poderosísimos auxiliares para las dos causas estrechamente unidas que han de salvarse si nuestra civilización se salva, que han de perderse para ella si se pierde nuestra civilización: la idea de Dios y la libertad.

Era, pues, un suceso fausto la introducción de esa filosofía en todos los pueblos que intervienen en el comercio intelectual del mundo. ¿Y no era provechoso, por ventura, para la misma Alemania? Recuerdo que Schelling declaraba noblemente las excelencias y utilidades de esta comunicación para su patria. La claridad, la precisión, el espíritu de propaganda y las cualidades literarias que son indispensables para producir un movimiento de importancia en las inteligencias, cobraban, sin duda, nueva fuerza en Alemania cuando este pueblo salió de su reserva y empezó á hablar con la humanidad de las grandes ideas que brillaban con resplandeciente luz en su propia conciencia.

Kant, Fichte, Schelling, Krause y Hegel: he aquí los nombres que dan á la ciencia alemana el sello con que en el mundo se la conoce. Se estudia también á los románticos, entre los cuales, el melancólico Novalis cautiva como pocos escritores los corazones, y los dos Schlegel influyen tanto sobre los literatos; á los románticos que tan estrechos vínculos tienen frecuentemente con Schelling; á Humboldt cuyo individualismo responde admirablemente á modernísimas tendencias; á Jacobi, el filósofo del sentimiento; á Herder, el del místico naturalismo; á Schleiermacher, el gran teólogo cuya conmovedora elocuencia habla de Dios y de Cristo y de la

religion como necesitan tanto nuestros atribulados espíritus que nos hablen. Herbart, Fries, Reinhold, Baader, no tienen, si se exceptúa tal vez al primero, tanta nombradía. Y sin embargo, Herbart ha fundado una numerosa escuela, casi tan distinguida por el relevante mérito de sus individuos como la más ilustre de todas las escuelas germánicas; como la de Hegel y Fries, supo conquistarse merecido aprecio, y los Reinhold figuran con envidiables títulos en la escuela crítica, y Baader ejerció con su misticismo una poderosa influencia y fué un metafísico notable, un estimabilísimo moralista y un eminente teólogo. ¡Hay, por otra parte, en las escuelas que los grandes maestros han fundado tantas lumbres! Ved, por ejemplo, en la escuela hegeliana al ilustre Rosenkranz, estético, historiador, metafísico, con un gran nombre en casi todos los ramos de la filosofía; á Michelet, siempre profundo y entusiasta; á Göschel, que profundizó con mirada tan escrutadora los grandes problemas que se levantan entre la filosofía y la religion; á Marheineke y Forster; al malogrado Eduardo Gaus, que tuvo el genio, el saber y la elocuencia; al no ménos malogrado Fernando Lassalle; á Hotho; á los historiadores de la filosofía Schuewglér, Erdmann, Zeller, Fischer; á Prantl, el gran historiador de la lógica; á los esclarecidos tratadistas de estética, Vischer, Weisse, Carriere; á Schasler, que ha escrito con tanta erudición y con tanto talento la historia de esa hermosa ciencia, y á tantos otros hegelianos puros é independientes que honran á su maestro y á su patria.

La verdad es que el espíritu se aplicaba casi exclusivamente fuera de Alemania al estudio de los grandes maestros. Puede decirse que Kant y Hegel eran los predilectos. Y se comprende muy bien esta predilección. Kant inicia el movimiento, y Hegel lo cierra. Fichte y Schelling, á despecho de su elocuencia, preocupaban ménos á las inteligencias. Krause las preocupó mucho en España, bastante en Bélgica, algo en Italia.

En medio de estas ocupaciones nobilísimas de los pensadores, perturbadas á menudo en algún país por las incomprensibles ingerencias de la política dominante, no llegaban á todas partes las últimas noticias del movimiento intelectual de Alemania. ¿Se ha escuchado con atención el grito de dolor que llegaba con el pesimismo de Schopenhauer, como si partiera de pechos destrozados por la desesperación? El desarrollo de esta escuela, llevada como de la mano por Hartmann á una visible aproximación al hegelianismo, que ha sido ultimada por Volkelt sin que desaparezca su característico pesimismo, ¿ha sido, por ventura, bien estudiado? El concurso que ha recibido de tantos hombres respetables el naturalismo contemporáneo, ¿es bien conocido? En Francia y en Inglaterra libros y artículos

de *revista*, muy dignos unos y otros de especial mención, han recogido estos importantes documentos de la historia de la ciencia contemporánea y han seguido al pensamiento alemán en su movimiento por todas las esferas de la actividad intelectual. No ha sucedido así, con muy contadas salvedades sea dicho, en nuestro noble y desgraciado país. Nuestra febril y miserable política, nuestras fratricidas discordias, nuestra perenne angustia, se acompañan muy mal con esos apacibles y serenos estudios.

Y, sin embargo, vislumbrábamos ya y ejercían alguna influencia sobre nosotros esos nuevos rumbos del pensamiento alemán. Hablábese en academias y revistas de Schopenhauer, de su pesimismo que hiela la sangre en las venas de nuestra apasionadísima raza, de su incurable desesperación, de su desprecio á todos los sueños de ventura y á todas las obras del hombre, de su escepticismo y su ironía, y su tendencia budhista al aniquilamiento de toda vida, á la extinción de toda actividad, á sepultarse con absoluto olvido de las inclinaciones y deseos que nos atormentan y estimulan, en el oscuro *nirvana*. Se hablaba también de Haeckel, de Moleschott, de Büchner. Algunos hombres ilustres como el Sr. Moreno Nieto, por ejemplo, nos ofrecían datos importantísimos contenidos en admirables discursos y envueltos en las dolorosas lamentaciones del espíritu acongojado por el olvido de las direcciones eternamente verdaderas de la ciencia, ó teñidos con más alegres colores por las esperanzas que cifraba en algunas señales de verdadero progreso, advertidos en particulares ramos del humano saber.

Se necesitaba, sin embargo, una pluma que trazara el cuadro de ese nuevo desarrollo científico.

Ya el Sr. Fastenrath, elocuente é ilustrado hijo de Alemania, perdidamente enamorado del suelo español, de nuestras glorias y de nuestra literatura, que, merced á este profundo cariño, ha llegado á enriquecerla con estimabilísimos escritos, descorrió bastante el velo con su libro *La Walhalla* (1). Pero estos datos, esparcidos en las entusiastas páginas de una obra dedicada á familiarizar á una raza querida con el genio y las glorias de la propia raza, no respondía por su índole á la necesidad de que en estos apuntes hablamos. Le estaba reservada la envidiable misión de satisfacerla á uno de los representantes más inteligentes y laboriosos de la nueva generación, de esta generación educada en medio de los dramas y las tristezas, y los increíbles desastres de una revolución malograda; generación cuya presencia ha señalado recientemente en un bello artículo uno de los jóvenes que más se distinguen en ella, el Sr. Galvete.

El Sr. Perojo ha entregado ya á nuestro estudio

(1) Perojo. Obra cit., pról., pág. xv.

la primera serie de sus *Ensayos*. Yo lo he leído con un interés vivo y profundo, que se acrecentaba naturalmente al recibir las fidedignas noticias que me revelaban el éxito que ha obtenido en Alemania, de hombres como Bluntschl K. Fischer, Haeckel, Bratuscheck, Fastenrath y otros igualmente distinguidos. Creyendo que algunas consideraciones que asaltaban mi mente en esta lectura no le parecerán completamente inoportunas al lector, las someto á su juicio y las recomiendo á su benevolencia.

I.

El libro del Sr. Perojo está dedicado á Kuno Fischer. Hay en esta elocuente dedicatoria un sello tal de sinceridad, que revela toda la gratitud del discípulo y toda la simpatía del amigo. El Sr. Perojo ha asistido á la cátedra del ilustre profesor de la universidad de Heidelberg; ha admirado la profundidad, la erudición y la elocuencia del primer orador académico de Alemania; ha visto descender de sus labios verdaderas cataratas de ideas en que se inundan de luz y de colores todas las grandes doctrinas que han venido á encontrarse como manifestaciones del eterno espíritu en el imperecedero tesoro de la ciencia; ha aprendido de tan ilustre maestro á reconocer en cada sistema contenido en la historia de la filosofía un momento de la historia de la idea, merecedor de la consideración y la gratitud de los hombres; se ha desprendido de toda preocupación de escuela, y ha comprendido que la historia de la ciencia no debe ser el vano alarde del retórico, ni la superficial indagación del curioso, ni la invectiva apasionada é injusta del sectario, sino la buena obra de hacer justicia al genio en todos los tiempos, y el fecundo trabajo de poner al propio espíritu en salvadora comunicación con el espíritu de la humanidad, tal como se ha manifestado por virtud de sus propias leyes en el tiempo y en el espacio.

Conviene señalar desde luego estas relaciones del pensamiento del Sr. Perojo con el de K. Fischer. No es su discípulo, en el estricto sentido de esta palabra; pero no puede negarse que es muy grande la influencia del célebre hegeliano, llevado por su disidencia á visible alianza con el kantismo, sobre nuestro joven neo-kantiano. Esta influencia, francamente declarada en la dedicatoria, es, á no dudarlo, un interesante dato, y ¿por qué no he de decirlo? una buena recomendación para la crítica.

El libro del Sr. Perojo comprende siete ensayos, en que trata por el orden siguiente de la influencia de Kant entre los filósofos contemporáneos, de Enrique Heine y sus cartas inéditas recientemente publicadas por el profesor Hüfter, de Schopenhauer, del naturalismo en Alemania, ó sea de Gerland, é incidentalmente de Fechner, Haeckel, Schmidt, así como de la relación de estos sabios con Darwin y

Huxley, del objeto de la filosofía en nuestros tiempos con motivo de un discurso de Wundt, de los historiadores alemanes, y de las teorías políticas de Bluntschli, Stahl y Rohmer.

El lector que ántes de recorrer las interesantes páginas de este libro lea el índice, recela por fuerza que carece de unidad, por ser tan varios los asuntos de que trata. Este recelo desaparece á medida que se avanza en la lectura. El libro del Sr. Perojo tiene un poderoso principio de unidad en la doctrina neo-kantiana que su autor profesa. En el primer ensayo intenta, en efecto, demostrar que toda la filosofía contemporánea, así el trascendental idealismo de Schelling, como el escéptico pesimismo de Schopenhauer; así el idealismo subjetivo del gran Fichte como el idealismo absoluto de Hegel, del insigne pensador que fué llamado en hora solemne por Forster y Marheineke el Cristo del pensamiento; así el racionalismo armónico de Krause como el individualismo atomista de Herbart, y el naturalismo de Lotze y de Cornelius y todas las direcciones del pensamiento alemán, están unidas, atadas con cadenas de oro al sistema de Kant, que aparece de esta suerte como la base de todo movimiento intelectual, como la substratura y el tuétano de toda filosofía. No se detiene aquí el Sr. Perojo: entiende que todas las doctrinas posteriores á Kant están heridas de muerte. Todas han sido arrojadas lejos de sí por el progreso alcanzado en la ciencia. En medio de esta universal derrota sólo se presenta lleno de vida y de fuerza el kantismo, torcidamente interpretado y pobremente entendido hasta hoy.

El Sr. Perojo dice al mismo tiempo que ya no hay sectarismo en Alemania, porque se ha comprendido que todos los sistemas aceptados y defendidos por una escuela, como el hegelianismo, el krausismo, etc., son andadores propios de caracteres infantiles. ¿Y el kantismo? Para que la censura equitativa es preciso que sea general.

Yo no trato de ocultar las conexiones de mi pensamiento con una de estas escuelas, con la hegeliana, y sin embargo, cuando yo leía esa censura del Sr. Perojo y la encontraba injusta, dejaba á una parte esas conexiones. ¿Qué! ¿necesitará, por ventura, considerarse aludido para rechazarla aquel que vea en la filosofía, no la creación arbitraria de un pensador, sino la más elevada manifestación de lo absoluto en el pensamiento humano pura de todo personalismo y destinada á congregar en el culto de la verdad á todos los hombres que se consagren á las nobles tareas de la meditación?

Mi querido y respetable amigo el Sr. Perojo cree que hacen una buena y fecunda obra intelectual los que pensando á Kant renueven el kantismo. Yo no lo discuto ahora; pero reclamo la misma consideración para los que pensando á otros filósofos aspiren

también á renovar y á perfeccionar sus sistemas para mayor prosperidad y gloria de la filosofía. ¿Se trata solamente de condenar á los que se contentan con repetir lo que otros han dicho? Bien condenados están. Adviértase, sin embargo, que se les honra demasiado, porque esos que así proceden no pertenecen á la filosofía: son sus azotes, son retóricos, son copistas, son todo lo que queráis; no son filósofos en la más elevada acepción de esta palabra, en la de amantes de la sabiduría.

He dicho que el neo-kantismo penetra en todos los *Ensayos* y constituye la unidad del libro. La apreciación contenida en el primero de aquéllos, y que en ciertos límites, tocante á la relación de Kant y todos los filósofos contemporáneos, considero exacta, es una preparación conveniente. Para convencerse de que tengo razón, le bastará al lector fijarse en que cuando el Sr. Perojo habla de Heine, se le ve buscar ingeniosamente la subjetividad del poeta para mostrar luego cómo estalla en la profundidad la magia y la melancolía de sus inmortales versos: cuando estudia á Schopenhauer, se le advierte indagando y revelando con empeño la filiación kantiana del filósofo, y cómo arranca su sistema de un punto de vista perteneciente á la *Crítica de la razón práctica*: cuando trata de los naturalistas, se le nota grandemente complacido con las osadías del método experimental, aunque decidido á encerrarla en los límites prescritos por la crítica á la ciencia y á referirla á las formas por la crítica atribuidas á la inteligencia: cuando discurre sobre la historiografía, revela francamente una gran predilección por los historiadores que dan mayor preferencia al concepto teleológico de la historia, que ilustraron poderosamente Kant y Schiller; y cuando traza con admirable tacto la teoría de los partidos políticos, el liberalismo progresivo que, partiendo de afirmar la libertad como un postulado de la ley puesta en la razón práctica, aspira al desarrollo cabal de las condiciones que, sin más limitación que el ajeno, me aseguran el ejercicio del derecho, dándole por origen la humana naturaleza y por alma la libertad; liberalismo profundo y progresivo que se manifiesta, en efecto, como inspiración y criterio dominantes en todo aquello que no tiene un carácter meramente incidental ó descriptivo.

¿Pero qué debemos entender por neo-kantismo? ¿Qué debemos pensar de la dirección á que pertenece el Sr. Perojo? Estas preguntas no pueden ser contestadas convenientemente sin fijarse en lo que dice el autor cuando con más claridad deja traslucir su pensamiento; y como esto sucede en los *Ensayos* que se titulan *Kant y los filósofos contemporáneos* y el *Objeto de la filosofía en nuestros tiempos* (1),

en ellos nos fijaremos principalmente para formar exacto juicio de las nuevas corrientes que invaden el terreno de la filosofía española, á cuyo cultivo dedícanse ya tantas inteligencias y en cuyos productos cifra la patria una de sus más halagüeñas esperanzas.

II.

No cree el Sr. Perojo que aciertan los que suponen en gran decadencia al pensamiento alemán, los que hoy buscan en vano inteligencias tan poderosas como aquellos que reprodujeron el magnífico espectáculo de la filosofía griega. No es nuestro autor de aquellos que creen en la anarquía intelectual en la *degradación del pensamiento*, como decía A. Vera flagelando con su enérgica frase á los sabios y pensadores de ogaño. Hay en el primero de los dos ensayos á que nos referimos ahora un pensamiento verdadero. ¿Cómo puede pretenderse que se encierre el pensamiento científico en una de las direcciones conocidas? ¿No es la ciencia, como todo, una evolución permanente, un desenvolvimiento progresivo? Y si es así, ¿qué sería del genio moderno, si no progresara, si no se desenvolviera, si no realizara la evolución? Esto es verdad. No se puede pretender razonablemente que Alemania permaneciera inactiva repitiendo ó comentando tímidamente las fórmulas de sus grandes filósofos. Cada día que pasa y cada hora que transcurre, son para los pueblos históricos día y hora de novedad y adelantamiento. Se nos ocurre, sin embargo, una consideración: para adelantar, para renovar, ¿es preciso arrojarse indisciplinadamente en todos los caprichos de la razón individual? Esos portentosos sistemas que han labrado la gloria de Alemania en la esfera de la ciencia, ¿están destinados á perecer y á perderse en los abismos para que no se desmienta el progreso de la ciencia? ¿Qué debe entenderse por progreso científico? ¡Oh! Si este progreso fuera una generación arbitraria de sistemas inconexos y extraños los unos á los otros, sin vínculos, sin relación, sin parentesco, no sería una obra divina, sino un satánico delirio. Y dice el Sr. Perojo:—Ahora se filosofa, se piensa, se trabaja realmente en Alemania; todos, ó casi todos, han arrojado los andadores intelectuales propios de infantiles caracteres, etcétera, etc.»—Supongo que estas frases no deben de entenderse al pié de la letra. ¿Qué! Cuando Fichte, Schelling y Hegel filosofaban, pensaban y trabajaban, ¿no se filosofaba, no se pensaba ni se trabajaba realmente? Estoy seguro de que este no es el pensamiento del Sr. Perojo. Toda la responsabilidad es de la frase que á tan torcida interpretación se presta. Sin negar la consideración á que son acreedores esos hombres, que venera tanto el Sr. Perojo, me será permitido hacer de pasada algunas pre-

(1) Perojo. Loc. cit. I. V., págs. 1, 17; y 165, 206.

guntas. ¿Quién nos ofrece ahora un sistema completo? ¿Si tienen que volver á Kant, para dar una base á su enseñanza filosófica! Por otra parte, ¿hay entre los pensadores de ahora aquella relacion en virtud de la cual Fichte continúa á Kant, Schelling continúa á Fichte, Hegel continúa á Schelling y á los suyos en una progresion maravillosa y sublime? Muéstrenla sus partidarios.

En frente de tan insignes pensadores todo el movimiento actual puede y debe ser considerado como correccion critica y aplicacion inteligentes de las creaciones que nos legaron.

Hay otra apreciacion del Sr. Perojo con la cual no puedo estar conforme. Dice que fracasará forzosamente en su empresa aquel que aspire á juzgar el contemporáneo movimiento intelectual de Alemania bajo el punto de vista de uno de los antiguos sistemas. ¿Qué se quiere decir con esto? La historia de la filosofía tiene un principio determinante como toda historia, ó no lo tiene. En el primer caso, será preciso encontrar ese principio, la idea de la historia de la filosofía para entenderla; y como quiera que sólo una metafísica puede revelárnosla, no entenderá la historia de la filosofía aquel que no posea una metafísica. Siendo así, la aseveracion del Sr. Perojo no puede ser cierta sino en cuanto se considere demostrado que todos los antiguos sistemas son falsos. En el segundo caso, el estudio de la historia de la filosofía no es científico, porque sólo posee la ciencia quien posee los principios.

No se le puede ocultar al Sr. Perojo que si todas las doctrinas que influyen en la ciencia contemporánea se dieran aisladamente y carecieran de superior unidad, la ciencia contemporánea sería eminentemente anárquica. La *Crítica Kantiana* es para nuestro publicista el *punto central hácia el que gravitan todas las diferentes direcciones, la sávia comun que los vivifica y relaciona: sirve de punto inicial á todo movimiento moderno*. El Sr. Perojo señala la relacion de todas las escuelas con Kant, y formula resueltamente su pensamiento por medio de la siguiente afirmacion de K. Fischer: toda la filosofía posterior á Kant es, en el más amplio sentido de la palabra, la escuela de Kant.

Tratemos de saber á ciencia cierta lo que significa este entusiasmo que reverdece los laureles del kantismo.

III.

El Sr. Perojo cree que una ciencia no existe si su objeto no tiene indiscutible realidad, y ella no se mueve en un campo que indisputablemente le pertenece (1). Este pensamiento, cuya trascendencia veremos luégo, se desarrolla fácil y separadamente

en algunos párrafos escritos con el sobrio y enérgico estilo del autor. El Sr. Perojo quiere saber despues si la filosofía es una ciencia y cuál es su objeto. Rechaza por el momento toda indagacion referente á la naturaleza de la filosofía; entiende que consiste la verdad de la ciencia en la realidad de su objeto y en la naturaleza del conocimiento; estima como lastimosas las digresiones que se empleen en fundar puntos de partida y criterios de verdad; cree que todo conocimiento tiene algo de científico y puede servirnos de punto de partida por esa circunstancia, y no admite más criterio que la realidad del objeto llamado á ser regulador y piedra de toque de todo lo que resulte afirmado.

Detengámonos un instante. El Sr. Perojo cree que la verdad de la ciencia consiste en la realidad de su objeto y en la naturaleza del conocimiento. Si consiste tambien en esto último, debe entenderse que corresponde á la ciencia un modo especial del conocer, mediante el cual conocemos científicamente; y siendo así, está implícitamente afirmada la distincion del conocimiento comun y el científico. Cuando el Sr. Perojo dice más tarde que todo conocimiento tiene algo de científico, hay todo lo que se quiera ménos el desconocimiento de esa distincion. Si así no fuera, resultarían dos proposiciones contradictorias.

En cuanto á lo del punto de partida, confieso que no me satisface la decision del Sr. Perojo. Que todo conocimiento tenga algo de científico, no me demuestra que haya tantos puntos de partida como conocimientos. No puede bastarle á la ciencia que un conocimiento tenga algun carácter científico, y esto habría de ser visto, y cómo lo tiene. Ella implica un modo del conocer que es el conocer real, concreto, verdadero, y es el conocer sistemáticamente, y en esto consiste su distincion y excelencia. Ahora bien: en el sistema nada es arbitrario ni exterior y contingente, y en virtud de su ley el punto de partida es determinado por él y en él mismo.

Dice el Sr. Perojo que no hay más criterio de verdad que la realidad del objeto. Si con esto se quiere decir que todo conocimiento descansa en la conformidad de un *objetivo* con un *subjetivo*, ó, en otros términos, que no hay conocimiento mientras no estén de acuerdo las representaciones (en su más lata acepcion) y sus objetos, que conocer es tener la idea adecuada de una cosa, yo creo que el Sr. Perojo tiene razon, y no es fácil encontrar quién se la niegue. Pero ¿si no es esto lo que se quiere decir? ¿Si querrá indicar, por ventura, que no hay más conocimiento que el experimental? Despues de todo podría pretender, y pretende tal vez, que no nos es conocida la realidad sino en cuanto la *sentimos*, sin perjuicio de que toda sensacion se adapte

(1) Perojo, *Ensayos*, etc. V. págs. 163, 206.

luégo á las formas primitivas de la inteligencia. Si así fuera, me levantaría contra la aseveración del Sr. Perojo, y le haría notar que la realidad más alta, que la verdadera realidad, lo absoluto y todo principio universal y necesario, son puramente inteligibles. Y después de hacerle notar esta sabidísima verdad, le diría: si es así, los principios no son cognoscibles; están fuera del conocimiento, ó el criterio de verdad reside efectivamente en la realidad del objeto, pero esta realidad es inmaterial é inteligible.

Veamos ahora las dos condiciones que el Sr. Perojo juzga *sine qua non* para toda ciencia. Como ha visto ya el lector, estas dos condiciones son la realidad del objeto y la independencia de la indagación.

Diré tan sólo de la primera que, si no se restringe la significación del término, que si se reconoce por más alta y verdadera realidad la inteligible, no tengo ningún reparo que oponerle.

De la segunda condición he de hablar un momento.

Si la ciencia es una; si hay en otros términos una ciencia de la cual todos los conocimientos científicos son ramificaciones, grados, momentos; si esta ciencia dotada de unidad tan rica y profunda abraza todas sus partes merced á un orden y concatenación perfectos, á un vasto y universal sistema; si en éste el principio de unidad, alma y vida suyas, se extiende como los rayos del sol por todo el universo, y como el principio absoluto en todas las existencias, aunque oculto para la miopía intelectual del incrédulo bajo la fugaz apariencia, penetra á su vez con su fuerza y su energía en todas las partes del sistema retrayéndolas sin cesar á sí; y por último, si vienen á encontrarse y á resolverse en él todas las diferencias y oposiciones merced á esa energía y á esa fuerza, ¿no habrá, por ventura, entre ciencia y ciencia puntos de contacto, no confinarán todas? Y la ciencia de las ciencias, la filosofía, ella, en quien reside la unidad, que recoge los tesoros del humano saber, los depura y los eleva á lo inteligible, á lo universal, á lo divino con sus maravillosas fórmulas, ¿no confinará con todas las ciencias cuando todas la buscan y la desean?

Por ahora me contentaré con estas breves consideraciones. El lector verá muy pronto que no son ociosas.

El Sr. Perojo cree que, cuando los filósofos querían absorberlo y discutirlo todo, no era una ciencia la filosofía. Cree más: cree que entonces no había ciencia. Entendámonos. ¿Se pretende que cuando el filósofo introducía en sus escritos tratados de todas las ciencias ó de las que entonces existían, y reinaba cierta amalgama en las indagaciones y no se habían deslindado los campos respectivos de la filosofía, y las ciencias particulares corrían años de

infancia para el humano espíritu, sonaban horas de confusión para el humano saber? Hay en esta apreciación un fondo de verdad que se recomienda poderosamente á nuestras meditaciones. Pero decir que no hubo ciencia hasta que Bacon, con dar posición independiente á las ciencias particulares, arrebató á la filosofía la base y el fundamento de su existencia, no me parece justo.

Divino Platon, tú, que elevaste el pensamiento á la pura región de las ideas, y las seguiste y mostraste su grandeza y sus relaciones; Estagirita insigne, que corregiste tantas veces á tu maestro, que penetraste con profunda mirada en la naturaleza de lo absoluto y en las cosas, y diste á esa misma experiencia aumentos tan sólidos, y en meditación tan admirable la describiste; y vosotros todos, sabios ilustres de la antigüedad y de los tiempos medios, estóicos, ilustre escuela de Alejandría, padres de la Iglesia, que hablasteis con alma inspirada y elocuentísimo acento de las cosas divinas, ¿no fuisteis hombres de ciencia, no fuisteis tesoros de sabiduría, no fuisteis luz de las almas, limpido manantial que se brindó generosamente á la inextinguible sed del espíritu humano?

Desisto de entrar en la crítica de todas las proposiciones que van desprendiéndose lógicamente de la opinión del Sr. Perojo. Recogeré tan sólo su afirmación de que la filosofía carecía de objeto para luchar con las ciencias particulares.

El objeto de la filosofía no es meramente la explicación de las cosas. El objeto de la filosofía es la Verdad en su acepción más elevada, en el sentido de que Dios es la Verdad. Lo absoluto: hé aquí el objeto de la filosofía; y este objeto es real, es lo real por excelencia. Vea, pues, el Sr. Perojo cómo no hay manera de que la filosofía se quede sin objeto realísimo ni de que logren arrebatárselo las ciencias experimentales. ¡Si no lo cree así, debió decirlo é indicar la demostración de que esta doctrina es errónea.

El autor de los *Ensayos* cree que á Kant es deudora la filosofía de su objeto. Le dió por objeto la efectividad de las otras ciencias, la explicación del conocimiento de las cosas.

No seré quien niegue los merecimientos insignes de Kant. Revolviéndose contra empíricos y escépticos, retrajo la filosofía al pensamiento. De su *Crítica* partieron los grandes pensadores que florecieron después. Fichte dió unidad á la obra de su antecesor con la afirmación del yo que se pone y pone el no yo. Schelling sacó la especulación del árido terreno del subjetivismo; se apoderó vigorosamente de la naturaleza, y con una riquísima intención y una elocuencia privilegiada, proclamó lo absoluto como unidad del mundo, mostrando cómo por su propia virtud se *objetiva* y pasa victoriosa-

mente de cada objetividad á mayor potencia subjetiva, hasta que, agotando toda su facultad de objetivarse, aparece como sujeto triunfante de todo, soberano con absoluta y sublime soberanía. Krause aplica su indisputable talento á esta rica concepción, recoge nuevos datos, metodiza con más rigor el sistema, y produce su racionalismo armónico, fundado en su conocida doctrina de la esencia. El filósofo más grande y esclarecido de los tiempos modernos, el gran Hegel, cierra este gigantesco período con su filosofía, que enseña que Dios es el supremo inteligible, que el supremo inteligible es idea; idea concreta que se desarrolla y determina en serie y filiación metafísicas por la dialéctica que es inherente á la idea, que es su forma, y recorre el Universo en la contemplación de la idea, desde la determinación más abstracta que comprende la Lógica, desde el sér puro hasta los astros que brillan con resplandores sublimes en el cielo, y el gusano que se arrastra por la tierra, y desde los momentos más indeterminados del espíritu hasta las grandes tragedias de la historia, y las maravillas más sorprendentes de la inspiración artística, y los éxtasis más puros de las almas religiosas, y las investigaciones más portentosas y profundas de la filosofía.

¡Qué! ¿Esa serie de sistemas no ha tenido razón de sér. Si no se debió pasar de Kant, ¿por qué florecieron? ¿Se pretenderá que no han aparecido en virtud de una imperiosa necesidad en la historia de la filosofía? Serán, por ventura, creaciones arbitrarias de cerebros enfermos que no pudieron entender á Kant?

¡Oh! No se explica su aparición, al ménos para mí, diciendo que era una tentativa reaccionaria. Si cien veces se encontrara el pensamiento humano en la misma posición, cien veces se repetiría el mismo espectáculo. Toda historia es un desarrollo, y todo desarrollo existe á condición de que cada momento sea una involución y una evolución al mismo tiempo. Y eso es lo que sucedió en la nueva filosofía. Fichte presupone á Kant; Schelling presupone á Fichte y á Kant, y Hegel presupone á los tres.

¡Volver á Kant! El Sr. Perojo es muy explícito en este punto, y yo aplaudo su franqueza. Nos dice que no se trata de hacer una renovación absoluta del sistema kantiano. La indicación, el método, los principales principios; esto es lo que resucita. Kant será para la filosofía lo que fué Bacon para las ciencias naturales.

Declaro que estas salvedades no me satisfacen por completo. Difícilmente encontrará el Sr. Perojo un partidario de otro sistema que no las haga. Volver á Kant es cuando ménos reproducir la *Crítica*, y reproducir la *Crítica* es suprimir en lo que tienen de fundamental á todos los sistemas posteriores.

Y yo pregunto: ¿qué se habrá conseguido entonces? ¿No reaparecerán los problemas? ¿No aspirará á resolverlos la filosofía? ¿Podrá contentarse con esta declaración de insolubilidad otorgada á cuestiones que no se apartarán nunca del pensamiento humano? ¡Oh! direis que la naturaleza de lo absoluto y todas las cuestiones fundamentales están por cima de la razón; que ésta es impotente para resolverlas; nos arrojareis en la experiencia como único campo; nos presentareis el fenómeno como única esfera de objetiva realidad para el conocimiento, y no habreis conseguido nada, porque otra vez volveremos á reivindicar los derechos de la razón; y advirtiendo que los entes trascendentales y metafísicos son el eterno objeto del pensamiento, los pensaremos otra vez y dejaremos volar nuestros espíritus á donde les guíen las voces interiores que hablan de lo eterno y lo absoluto.

Yo no puedo emprender ahora un exámen de la filosofía kantiana. Me contentaré con algunas consideraciones en abono de lo dicho. Kant emprendió el análisis del conocimiento. El término *crítica*, aplicado á su filosofía, no significa otra cosa. Era la manifestación más solemne de la duda aquella investigación de nuestras facultades, aquella fría é implacable descomposición del mecanismo intelectual. ¿Cuáles fueron los resultados? El filósofo dijo que todo conocimiento supone estos datos: la sensación ó la materia exterior obrando en nosotros, la inteligencia, y la adaptación de la materia exterior á las formas de la inteligencia. Sensación é inteligencia nada valen aisladamente. Hasta que las dos se encuentran y resulta amoldada la primera á la segunda no hay luz, no hay conocimiento. Y luego vino otra principal cuestión. ¿Qué conozco? Hay lo contingente y variable, el fenómeno; hay lo necesario é invariable, el noumeno. Corresponde á lo primero las categorías, á lo segundo las ideas. Ahora bien, las categorías tienen realidad objetiva y las ideas no. Los primeros encuentran en la experiencia las cosas que les corresponden; los segundos no las encuentran, no dan nunca con ellas. El noumeno, la cosa en sí, es una eterna incógnita. No podrá la luz de todas las filosofías desvanecer esta oscuridad. Los entes trascendentales y metafísicos empezaron á vagar como fantasmas por el pensamiento. Se quería huir de ellos, se decía que no se plantean una sola vez las cuestiones que suscitan sin que surjan al punto temerosas é insolubles antinomias; se proclamó la impotencia de la razón para llegar á ellos.

La inteligencia resultó gravemente mutilada en esta épica lucha con la crítica. Encerrada, á pesar de todo, en los límites de la experiencia, reducida á un absorbente subjetivismo, privada de aquella maravillosa facultad con que abordaba los problemas

fundamentales, convicta de impotencia por la nueva escuela, ¿qué podía intentar en lo sucesivo? En vano las magníficas rectificaciones contenidas en la *Crítica de la razón práctica* volvían por la idea de Dios, por la santidad del deber, por la inviolabilidad del derecho, por las consoladoras esperanzas de inmortalidad; en vano la voz imperativa de la conciencia resonaba como un *fiat lux* en aquel agolpamiento de tinieblas. El hombre no puede creer de véras cuando la razón, despierta y activa, retrocede con dudas invencibles ante la creencia. Lo ha dicho elocuentemente un hombre de talento y de corazón, un distinguido traductor de Fichte y de Schelling, P. Grimblot: cuando estos resultados de la doctrina de Kant se vieron con claridad, la filosofía, confesándose vencida, se redujo voluntariamente á repetir este grito de angustia y de ironía, lanzado por una razón que buscaba el olvido de sí misma en las santas oscuridades de la fe: *credo quia absurdum*.

¡Oh! Se necesitaba recuperar á toda costa la unidad en el sistema del conocimiento. Para restablecerla vinieron los grandes pensadores que continuaron y corrigieron la obra de Kant. Muchas veces se ha dicho y se ha demostrado que el exámen de la validez de nuestros juicios implicaba lo mismo que se ponía bajo la amenaza de una negación tan audaz, que la investigación preliminar de la realidad objetiva de nuestros conocimientos la implicaba también. Se ha repetido con Hegel, que la pretensión de la escuela crítica equivale á la de aquel estudiante que deseaba aprender á nadar sin echarse al agua: observación contra la cual se ha levantado con ingeniosa refutación K. Fischer, sin destruir su importancia, que consiste en lo que acabo de recordar al lector. Se ha demostrado que no se deben oponer así las categorías y las ideas, porque la diferencia de su aplicación no da ni puede dar lugar á una distinción de naturaleza, que las unas y las otras son formas absolutas del pensamiento é idénticas como tales. Por su especial significación diferéncianse también las ideas, y no decimos, sin embargo, que dos ideas, la de lo verdadero y lo bueno, v. gr., difieran por naturaleza, porque expresan diversas determinaciones. La correspondencia de las categorías y los objetos, ¿podrá justificar esa división? No lo creo. Según Kant, las categorías tienen un sentido propio, independiente de toda experiencia y anterior á toda aplicación. Una categoría, la de causa, por ejemplo, tiene valor, no porque corresponda á tal ó cuál causa fenomenal, sino por su energía y virtud propias. Pues las ideas están en el mismo caso. Ellas sacan su valor de su propia esencia.

Por otra parte, ¿quién no ve que al negar la realidad objetiva de las ideas, no eran ellas las que

únicamente resultaban heridas, sino también el conocimiento relativo que debemos á las categorías? Suprimiendo la realidad de una fuerza y de una finalidad absolutas, se suprime también, como se ha hecho observar muy oportunamente, la realidad de toda fuerza y de toda finalidad relativas.

Siento que la falta de tiempo y de espacio me obligue á ser sumamente breve en este importantísimo punto. Podría hacer notar que la afirmación kantiana, de que es falso el conocimiento que encierra la contradicción, sólo puede explicarse teniendo en cuenta el característico error de la antigua lógica, pues ya no es cosa fácil desconocer que la contradicción no es un elemento irracional, sino por el contrario intrínseco, necesario y vivificador del pensamiento y del ser, y podría recordar que todo el movimiento filosófico posterior á Kant estaba firmemente asentado en la demostración de la impotencia de la crítica considerada como norma y método primarios y absolutos del conocimiento.

Hay en la filosofía kantiana dos direcciones que conviene distinguir: una crítica y negativa, y otra dogmática y positiva, que ha sido revelada por la filosofía posterior y que siguió tal vez el ilustre filósofo de Königsberg sin apercibirse de toda su trascendencia, principalmente preocupado, como efectivamente estuvo, por la crítica. El neokantismo se aferra sobre todo á esa dirección negativa. Yo le veo llegar, y recordando los gigantescos esfuerzos con que logró separarse de ella el pensamiento, no puedo ménos de preguntarle con profunda tristeza: ¿qué quieres de nosotros? ¿vienes á consumir la desgracia de la filosofía y á tejer coronas para sus enemigos?

Pero miremos con imparcialidad estas cosas y no incurramos en lamentables exageraciones. De lo que dice el Sr. Perojo y de lo que resulta también del discurso de Wundt, que está por cierto admirablemente extractado, es fácil colegir que el neokantismo no es pura y simplemente una reacción, que quiere ser mucho más y representar una nueva evolución. Yo aplaudo que no se haya querido intentar esa restauración. Pero importa grandemente que sepamos á qué atenemos respecto de los elementos nuevos que, combinándose con los primitivos del kantismo, caracterizan el nuevo momento histórico de la filosofía. De lo que dicen el Sr. Perojo y Wundt, discordes por lo demás en algunos puntos que no carecen de importancia, no es posible sacarse un completo cuerpo de doctrina que satisfacer pudiera nuestra curiosidad. Se ve, sin embargo, que el neokantismo conserva y se apropia, con ciertas modificaciones derivadas de su sentido propio, algunos de los más apreciables resultados del movimiento anterior, y que, dando por objeto á la filosofía la

efectividad de las otras ciencias, renuncia á buscar la solución del problema de lo absoluto y prefiere celebrar solemnes nupcias con la dirección experimental y naturalista.

Mirando la cuestión bajo el punto de vista más amplio, no se puede mirar sin alguna simpatía y sin respeto á estos pensadores que luchan valerosamente por encauzar las corrientes del momento y por devolver á la filosofía un movimiento intelectual de tanta riqueza y de tanta multiplicidad. Si realizan su esfuerzo, si traen á tantos sabios fascinados por el naturalismo al campo de la filosofía, yo espero que cuando este renacimiento kantiano se haya verificado, así como no hubo quien pudiera impedir la magnífica sucesión de sistemas, que los nuevos pensadores se complacen en llamar movimiento teosófico, nadie podrá evitar tampoco que renazca también el amor á la ciencia especulativa cuando la dolorosa conclusión de la crítica corra por todas partes que, prescindiendo de los problemas más importantes, no se destierran por eso del pensamiento, y que en el fondo del alma siguen pidiendo á voces que no puede desoir mucho tiempo el hombre que busca la verdad en una solución que devuelva su perdida paz á los intranquilos corazones.

Después de todo lo dicho, me quedaría cierto recelo si no hiciera ingenuamente una aclaración. Cuando yo hablo de conocimiento absoluto, de ciencia absoluta y de lo absoluto como objeto de la filosofía, no pretendo que lo absoluto pueda ser conocido en su infinita perfección mediante un sistema. La ciencia absoluta, en el sentido estricto de la palabra, sólo reside en Dios. Hay que distinguir esa ciencia absoluta en sí misma de sus determinaciones en el tiempo, de esas manifestaciones que conocemos con el nombre de sistemas filosóficos. Si por ciencia, y este es el modo ordinario de concebirla, dice muy bien A. Vera (1), entendemos aquel estado de la mente subjetiva en que se aspira á conocer (*si cerca cognoscere*) y se consigue por medio de ciertos procedimientos, de ciertas indagaciones y cierto esfuerzo más ó menos intenso, conocer un objeto cualquiera; entonces se puede decir con verdad que la ciencia se conoce y viene á ser (*diviene*). Pero no sucede lo mismo con la ciencia absoluta á que nuestras palabras se refieren. Esta ciencia absoluta, que está en nosotros, es la que mueve nuestro pensamiento, finito y subjetivo, y hace que se desarrolle. Por eso el movimiento y las mismas evoluciones de esa ciencia que está en la naturaleza, de esa ciencia que viene á ser, suponen una ciencia absoluta. En otros términos: la presencia de esa ciencia absoluta en nuestra mente es lo que la anima, vivifica, y hace que venga á ser, no

de otra suerte que mueve y hace que vengan á ser (*fa divenire*) todas las ciencias particulares y finitas. Es como la luz infinita que ilumina la luz finita. Esta ciencia, en fin, es la ciencia del mismo venir á ser, porque ella es quien determina las leyes, las relaciones, el campo y la necesidad del venir á ser.

Comprendo que el magnífico párrafo del ilustre hegeliano que ha sido llamado *el apostolus gentium* de la escuela, que este párrafo que acabo de copiar, requiere, para ser bien comprendido por aquellos que no estén familiarizados con sus doctrinas, algunas aclaraciones. En este momento no puedo indicárselas, y espero que la ilustración de los lectores suplirá, generalmente hablando, lo que me veo forzado á suprimir por la necesidad de terminar pronto este largo artículo.

IV.

De los otros *Ensayos* me proponía tratar, ó de algunos siquiera. Habré de contentarme con breves indicaciones sobre algún punto.

Las interesantísimas páginas en que el Sr. Perojo traza un excelente retrato del célebre Heine, y las inéditas cartas de éste que nos ha dado á conocer, fueron examinadas por mí, aunque no con el detenimiento á que son acreedoras, en las columnas de un ilustrado diario de esta capital (1), cuando por primera vez pudimos apreciarlas en amena tertulia del Ateneo. ¡Con cuánto placer hubiera yo aprovechado esta ocasión para hablar con mis lectores sobre la filosofía de Schopenhauer! Este sistema, cuya imperfectísima metafísica se altera todos los días, por ser tan inferior á la importancia que algunos le atribuyen; este pesimismo que, como dice perfectamente el Sr. Perojo, tiene incontestable razón de ser y cierta oportunidad, como que venía preparado por tristes vibraciones de ilustres lirás y provocado por exageraciones y ensueños de una candidez inexplicable; esta voz, que resuena con quejas amarguísimas y elocuentes invectivas á la ciega confianza y el orgullo de generaciones enloquecidas con sus progresos y dadas á soñar imposibles, como si quisieran compensar sus infortunios de realidad harto cierta y sus crueles desengaños con ilimitadas y seductoras esperanzas: esta áspera declaración de la vanidad de nuestra vida, de la tristeza del destino humano: toda esta revolución realizada en las ideas y en los sentimientos cuando los espíritus preparados para tal enseñanza empezaban á comprender que corresponde al incremento de vida, al incremento de actividad, al incremento de genio, un incremento inevitable de dolor y de melancolía, era en verdad merecedora

(1) *Introduzione alla filosofia della Storia*; caps. VII-II, y III; páginas 527-543 y 545-550.—V. pág. 542-43.

(1) *El Tiempo*.—Viernes 16 de Abril de 1875.

de un detenido estudio. Yo no renuncio á intentarlo, y tal vez me será dado demostrar algún día que no contradicen estas opiniones, separadas de la exageracion y de la insegura base con que los presentó Schopenhauer, los grandes principios que aseguran al mundo y á la historia, considerada bajo un punto de vista amplio y universal, sentido y régimen divinos. De cómo se pueda lograr esto, no es para tratado incidentalmente, aunque bastaría tal vez una indicacion sumaria de las condiciones necesarias de la vida del individuo y de la vida de la sociedad, y una consideracion atenta de lo que pueden hombres y pueblos enfrente de las leyes que se derivan del eterno pensamiento que reina en la naturaleza y en la historia. No diré una sola palabra más, porque hay cosas que no son para dichas de pasada.

Me contentaré, por ahora, con manifestar que el *Ensayo* del Sr. Perojo, en que trata de Schopenhauer, es uno de los más profundos y más bellos que el libro comprende. ¿Qué he de decir de los otros yendo tan rápidamente como voy á la conclusion de estos apuntes? Recomendar esos trabajos es poco. El bosquejo del movimiento naturalista, la magnífica descripción de la *Historiografía* alemana, descripción tan llena de datos como de animación y colorido, y la exposicion de las teorías políticas, hechas con tanta fortuna y tacto, son escritos que merecen mucho más.

Cuando el hombre que cultiva el estudio de la filosofía entra desprendiéndose de toda preocupacion y de toda intolerancia, con la mente dispuesta á recibir las verdaderas revelaciones del progreso y el corazón deseoso de ofrecer un testimonio de simpatía á todas las convicciones sinceras y á todos los que trabajan de buena fe por la cultura del espíritu humano; cuando acude de esta suerte á ponerse en comunicacion con todas las inteligencias ilustradas, y tal vez las ve agitarse en confusa lucha y caer en la anarquía; si reconoce que hay en lo que le rodea seríá y libre indagacion, amor á la verdad, sinceridad de convicciones y pureza de motivos, aprende y examina para aprobar ó condenar bajo el dictado de la razon, pero reservando siempre un respetuoso saludo para el adversario que defiende noblemente su creencia con fe y con armas dignas del combate.

Para los que piensan y proceden así, el libro del Sr. Perojo pertenece al número de aquellos que se reciben con una cariñosa bienvenida, aunque no se piense como el autor, ni se aspire, por lo tanto, en las nobles tareas de la meditacion á conseguir los mismos resultados y á prestar un servicio á las mismas doctrinas.

RAFAEL MONTORO.

ETNOGRAFÍA.

LOS PIELES-ROJAS.

Léjos de estar habitado por una sola raza humana, como pretenden escritores preocupados ó frívolos, el Nuevo-Mundo tiene una poblacion indígena con tanta variedad étnica como el antiguo, y las Américas del Norte, del Centro y del Sur estaban pobladas ántes de su descubrimiento, y aún al presente, por una multitud de pueblos completamente separados por el idioma, las costumbres y el tipo.

La América del Norte ofrece al observador varias razas distintas confundidas de ordinario bajo la denominacion de *Pieles-rojas*, distinguiéndose entre sí por el lenguaje, si bien ignoramos si, á pesar de las diferencias que hay entre ellos, cuando se conozcan mejor se encontrarán unidos por algunas afinidades.

Por lo comun, se dividen los *Pieles-rojas* en muchos grupos, á saber: *Kenai*, cuyas tribus habitan cerca del estrecho de Behring, en la Alaska, ó antigua América rusa, sobre las riberas del río Yukon; *Athabaska*, extendida desde las Montañas Pedregosas hasta la bahía de Hudson, cuyas tribus disputan á los Esquimales las tierras árticas y cazan por el Oregon, llegando por el Sur á Nuevo-Méjico; *Navajoes*, habitantes de los montes; *Apaches* célebres por sus invasiones en Méjico; *Algonkin*, pobladores del Canadá y de los Estados-Unidos del Norte, son sus tribus de *Leni-Lenape*, ó *Delamares*, y *Mohicanos*, célebres por las novelas de Cooper; el lenguaje de los *Algonkin* ha dado á la geografía los nombres, hoy conocidos de todos, de Massachusetts, Connecticut, Alleghany, Savannah, Susquehanna, Illinois y Mississipi, demostrándonos los restos conocidos de su idioma el adelantado estado social de la poderosa confederacion creada por los mismos; el grupo *Iroqués-Huron*, intercalado topográficamente en el anterior, habitaba en el Canadá y en la region de los grandes lagos origen del San Lorenzo; sus representantes actuales son excesivamente raros, sus tribus han perecido ó se han asimilado á los Canadienses, olvidado su dialecto por el contacto con los europeos, y perdido ó alterado su tipo físico á consecuencia de haberse mezclado con éstos.

Los *Sioux* ó *Dacotas*, cuyo segundo nombre significa «los siete fuegos del consejo,» también denominados *Nodomessies*, constituyen otro grupo, y forman una confederacion dominadora de la Pradera, desde las Montañas Pedregosas hasta el Mississipi al Este, y el Arkansas al Sur. Una de sus tribus ha impuesto su nombre al lago *Winnipeg*; forman además parte de la confederacion los *Iomas*, *Misuris*, *Otoes*, *Omahas*, *Kansas*, *Osages*,

Cuervos, y hasta los *Assiniboines*, que han penetrado en las regiones árticas; también pertenecen á ella los *Mandanos*, acerca de cuyas ceremonias místicas y religiosas tantos detalles extraños nos cuenta Chaplin.

Los *Panis* ó *Pannies* forman otro grupo y cazan en las riberas del Platte y del Kansas; sus principales tribus son los *Riccaras*, los *Cheyennes*, los *Wahoos* y los *Witchilas*. Los *Apalaches*, y sus tribus los célebres *Natches*, los desgraciados *Seminolas* de la Florida, los *Cherokoes* y otras, así como otros muchos grupos de Oregon y California, no merecen especial mención; pero sí que se describa la raza, próxima á desaparecer, bien por ser exterminada, bien por agotarse naturalmente, ó bien por fundirse en la raza anglo-americana.

El tipo del Piel-roja es marcadísimo y nada tiene de común con ninguna otra raza del resto del globo, tanto, que toda persona desapasionada, viendo un individuo ó una fotografía de la citada especie, no puede por ménos de reconocer en ella un tipo original, independiente, y probablemente originario, del continente habitado por la misma. Los Piel-rojas son bastante altos, de apostura elegante y majestuosa, debido al género de vida seguido por todos ellos durante un número desconocido de generaciones; fuertes, aún cuando ménos que los blancos y los negros. No puede describirse la forma de su cráneo, pues lo deforman á los niños, y solamente la frente es estrecha y corta; la nariz es grande, aguileña, ósea y sin depresión entre ella y la frente; los ojos pequeños, negros, vivos y penetrantes; la órbita profunda y cuadrada; las mandíbulas fuertes, los dientes largos y grande la boca; el cabello negro, áspero y fuerte, y la barba rala; la piel fina y suave, de color variable entre el amarillo sucio y el rojo cobrizo.

Su carácter es frío, formal, indiferente, y tienen á gran honor disimular sus sensaciones, por cuya razón cuando un jefe habla largamente, y algunas veces con elocuencia, al consejo de su tribu, la Asamblea le escucha sin interrumpirle jamás. El Piel-roja es valiente, enérgico y cruel, y cuando la pasión agita su concentrado temperamento, llega á cometer deplorables excesos, así como para satisfacer su deseo de venganza no economiza su vida ni la de los demás, ni retrocede ante la perfidia ó la mentira.

A pesar de todas estas cualidades, el Piel-roja de la América del Norte, por sí solo, no ha podido pasar de la condición de cazador, y solamente se alimenta de la caza ó de la pesca. El bisonte es su tesoro, pues se alimenta con su carne, se viste ó fabrica sus tiendas ó *wigwam* con su piel, fabrica asientos con su cráneo, y con sus huesos construye una multitud de utensilios, incluso el famoso cuchillo de

escalpelar. Su arma nacional es el *Tomahawk*, ó hacha, ántes de piedra y ahora de metal, que le sirve en la guerra y en la caza; excelente jinete, desde la introducción de los caballos en América, doma los más fogosos y salvajes de la Pradera, y es muy temible á caballo y armado con su lanza; como tirador es ménos de temer.

La mujer está en un gran estado de inferioridad; es una especie de servidora del hombre, encargada de todos los trabajos penosos y desagradables; ella planta y desarma la tienda, guisa, seca y prepara las carnes, curte las pieles, fabrica los vestidos, la vajilla y otros utensilios, sin dejar por eso de alimentar y educar á los niños; no es, pues, extraño que la fealdad y la vejez se adelanten á la edad; pero como las jóvenes son bastante bonitas, los jefes que pueden mantener á varias practican la poligamia. Entre los *Nodowessies* se conservan restos de poliandria.

Las religiones de los Piel-rojas son tan numerosas como sus tribus, pues aún cuando todos adoran al sol bajo el nombre del Gran Espíritu, varían en cuanto á los dioses secundarios, muchos en número; están en el lindero del fetichismo y del politeísmo. La vida futura es para ellos repetición de la presente, con sus cazas y sus batallas, y creen en sus encantadores, los cuales practican toda clase de ceremonias mágicas para dirigir á su antojo los fenómenos de la naturaleza y conseguir la intervención de las almas de sus antepasados en su favor.

Hemos dicho que estos pueblos tienden á desaparecer rápidamente, encerrados como se hallan en el dilema siguiente: ó continúan siendo cazadores, y entónces sucede una de dos cosas, no se oponen á la disminución de los cazadores, y con ellos de la caza, ante el hacha y el arado de los colonos, y sufren la miseria y la muerte, ó se oponen, y en este caso los obstinados *Yankees* los exterminan; ó, como los *Cherokoes*, se transforman en agricultores é industriales, entran en el torbellino europeo, pierden sus caracteres distintivos, y en unas cuantas generaciones se asimilan y desaparecen.

Este triste destino es constante en el orden natural; las razas salvajes y primitivas son necesarias, inevitablemente conquistadas, destruidas ó asimiladas por las razas superiores: lo mismo ha ocurrido en todos tiempos, tanto en Europa como en la América del Norte, y el resultado de esta concurrencia vital ha dado tanta fuerza progresiva á la marcha de la humanidad.

GIRARD DE RIALLE.